

# BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 7

Octubre de 2005

## Palabra de Dios

Y la Escritura no dice solamente por él que le fue reputado, sino también por nosotros, a quienes ha de ser imputada la fe, a nosotros que creemos en Aquel que resucitó de entre los muertos a Jesús Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

Rom 4, 23-25

## ¡Venid, todo está preparado!

Hemos esperado este momento con ansia. Juntos hemos afrontado el reto de preparar el primer Encuentro nacional y, juntos, como en los primeros tiempos, hemos puesto todos y cada uno lo mejor de nosotros mismos para que el amor, la alegría, la alabanza, la adoración, el perdón y el gozo de estar unidos se hiciera realidad.

Todavía resuenan en nuestros oídos aquellas primeras invitaciones recogidas durante los encuentros de Pozuelo: ¿por qué no celebramos todos juntos el encuentro con Jesucristo? ¿Por qué no?, nos preguntamos. Y él encendió el fuego en nuestro corazón. Si él lo desea, nosotros obedeceremos. Nos pusimos en marcha como siervos inútiles a la tarea.

"¡ Venid, todo está preparado!"

Dios, que ha tomado la iniciativa de la salvación, ha hecho venir su reino. Jesús se ha ofrecido en su muerte y resurrección; lo único que tenemos que hacer es acoger en la fe el ofrecimiento de Dios. Debemos acogerle como un niño, gratuitamente, como un don. Los niños conocen, por instinto, la diferencia entre el mérito y el privilegio, y jamás renunciarán al privilegio de ser niños, a cambio de méritos. Todo lo esperan de un Padre porque saben que son amados. Se basan en el hecho de ser hijos, por tanto herederos de todo. Esperan la vida, la plenitud de la vida.

"Y para cada hombre, el principio de la vida es aquel a partir del cual Cristo ha sido inmolado por él". La muerte de Cristo se hace actual y verdadera para nosotros en el momento en que tomamos conciencia de la misma, la probamos, exultamos por ella y damos gracias. Y esto es lo que queremos celebrar, que podamos decir con un corazón sincero, como el publicano: "Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador", y podamos volver a casa reconciliados, justificados mediante la fe en Jesucristo, es decir, hechos justos, perdonados, salvados y transformados en una criatura nueva.

Que su justicia nos haya revestido con las vestiduras de la salvación, nos haya envuelto en el manto de la justicia y nos podamos gloriar eternamente en él.

El equipo de servidores de la zona centro

## Índice

<i>¡Venid todo está preparado!</i>	1
<i>Creados, salvados y justificados para alabanza de su gloria</i>	2
<i>Recordemos qué es la Renovación Carismática Católica</i>	6
<i>¿Quién es ICCRS?</i>	13
<i>El ex-presidente del ICCRS contesta</i>	14
<i>Jornada mundial de la juventud: Colonia 2005</i>	17
<i>El rincón de vuestros Testimonios</i>	19
<i>Ideas para tu biblioteca</i>	20
<i>A tu servicio</i>	23

# ***Creados, salvados y justificados para alabanza de su gloria***

*Reproducimos a continuación enseñanza del P. Vicente Borragán, O.P. sobre la alabanza en la Renovación Carismática Católica.*

*Vicente se basa en la carta de San Pablo a los Efesios: Ef 1, 3-6*

Los hermanos de discernimiento me han dado el siguiente tema para la enseñanza de esta tarde: "Creados, salvados y justificados para alabanza de su gloria". Lo han formulado de una manera perfecta, porque la alabanza no es el principio, sino el final de todo. No llegamos a Dios por la alabanza, sino que en ella le devolvemos todo lo que él ha hecho por nosotros. Cuando san Pablo escribía estos primeros versículos de la carta a los Efesios estaba prisionero en Roma, allá por los años 61 a 63 de nuestra era, siempre acompañado de un pretoriano, pero con una cierta libertad para predicar el evangelio. Durante ese tiempo de prisión, san Pablo tuvo mucho tiempo para pensar y repensar su propia experiencia como hombre creyente llamado por Jesús.

Para comenzar, yo os diría que Pablo era un judío, nacido en Tarso, una ciudad de la actual Turquía. No podemos determinar con precisión el año de su nacimiento, pero podemos situarlo entre los años 5-10 de nuestra era. Hizo sus estudios superiores en Jerusalén, a los pies de un famoso rabino llamado Gamaliel. Fue un rabino, es decir, un maestro de la Ley, un doctor en teología y en derecho canónico, por expresarlo de algún modo. Era fariseo, observante escrupuloso de los 613 preceptos de la ley, un hombre "irreprochable según la ley". Después de terminar su carrera debió regresar a Tarso, pero hacia los años 32-34 estaba de nuevo en Jerusalén ¿Por qué volvió? No lo sabemos. Al final del libro de los Hechos de los apóstoles se menciona la presencia de un sobrino suyo en la ciudad. Es probable, pues, que hubiera venido con alguna hermana a instalarse en Jerusalén. Lo seguro es que durante el año 33 o 34 comenzó a oír hablar de "un tal" Jesús. Pero, a su juicio, sus discípulos resultaban verdaderamente revolucionarios. ¿Sabéis por qué? Porque quitaban importancia al culto del templo y relativizaban todo lo que se refería a la observancia de la Ley.

Y eso, a los ojos de un fariseo estricto como Pablo, era un atentado directo contra todas las prerrogativas de Dios al pueblo de Israel. Pero eso no podía ser de ninguna manera; porque la palabra y las promesas de Dios eran irrevocables. Así, pues, había que aplastar al grupo de partidarios de "ese tal" Jesús. Cuando con ocasión de la persecución contra Esteban la Iglesia de Jerusalén fue perseguida, Pablo, ¿lo recordáis?, se metió de lleno en ella. Fue como una bestia salvaje: buscaba y rebuscaba en las casas para denunciar a aquellos que se configuraban como cristianos. Y, en un momento determinado, Pablo se dio cuenta de que no bastaba perseguir a los cristianos en Jerusalén sino que había que destruirlos en todas partes.

Damasco era en la antigüedad como el puerto del desierto. Allí llegaban todas las caravanas, que después se repartían en todas las direcciones; si el cristianismo llegaba a Damasco, corría el peligro de que se esparciera por el mundo entero. Con unas cartas de recomendación del Sumo Sacerdote de Jerusalén se encaminó hacia Damasco, para dar el golpe de gracia a la secta de discípulos de Jesús. ¿Qué sucedió en el camino? Apenas podemos determinarlo. Lucas narra tres veces la conversión de San Pablo, pero él nunca dijo lo que le había pasado, excepto esto: "Cuando fui alcanzado por el Señor". Pero Lucas nos habla de algo muy importante: cuando Pablo fue derribado de su caballo, oyó una voz que le decía: "¿Pablo, Pablo, ¿por qué me persigues?" Y Pablo respondió: "¿Y quién eres tú?" Y aquella voz se identificó: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues". Yo no sé si somos capaces de imaginar lo que pudo pasar por la cabeza de este estricto fariseo en aquel momento; porque oyó la voz de alguien a quien él iba persiguiendo; la voz de alguien que había muerto como un maldito colgado en un madero.

La Ley judía decía: "Maldito el que cuelga de un madero". Ese hombre no podía ser de ninguna manera el Mesías, era un maldito. Pero resultaba que aquel maldito le hablaba, y que si le hablaba es que estaba vivo, y si estaba vivo es que había resucitado, y si había resucitado había vencido a la muerte, y si había vencido a la muerte todas las promesas de Dios se habían cumplido, y si se habían cumplido eso significaba que ya no había nadie más a quien esperar, que aquel

maldito del Gólgota era el Mesías, era el Ungido de Dios, el salvador para los hombres. Yo tengo la impresión que, desde este momento, Pablo se sintió realmente salvado. Podríamos expresar su experiencia con estas palabras: "He sido cambiado, me han dado la vuelta como a un calcetín; antes me esforzaba yo por cumplir toda la Ley, ahora me encuentro de repente delante del Señor, muerto y resucitado". En la carta a los Filipenses, Pablo dice algo parecido a esto: "Todo lo perdí en aquel convite. Ahora sólo me queda el sublime conocimiento de Cristo Jesús, fuera del cual todo es nada, todo es basura". Y un poco más adelante dice: "Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí". Sí, vivo yo; sí, soy yo quien da la cara; sí, soy yo quien me expreso; sí, soy yo quien aparezco, pero hay alguien dentro de mí más íntimo a mí mismo que yo mismo, más yo que yo mismo, alguien que ha cambiado mi vida por completo, alguien que se llama Jesús. Y él se ha acercado a mí y me ha dicho: "Apártate un poco. Deja que yo lleve las riendas de tu vida; deja, que yo sé cómo hacer las cosas; déjame que yo viva mi vida en ti". Fue una experiencia realmente asombrosa, que coloreó totalmente su vida. Cuando Pablo comenzó a escribir sus cartas a las comunidades cristianas para confortarlas y para animarlas, lo único que hizo, en definitiva, fue contar su experiencia. ¿Cómo, si no, hubiera sido capaz de haber hecho una síntesis tan poderosa del misterio cristiano, a los 20-30 años de la muerte de Jesús?

San Pablo contempló, atónito y asombrado, la obra que Jesús había hecho por nosotros. Partiendo de los verbos que se utilizaban en la vida de cada día, fue haciendo afirmaciones como estas: "Él nos ha salvado, nos ha comprado, nos ha redimido, nos ha justificado, nos ha reconciliado"; o, dicho de otra manera: "Estábamos destinados a la muerte y él nos ha indultado; éramos esclavos y él nos ha liberado; éramos desagradables a los ojos de Dios y él nos ha hecho favorables a sus ojos; éramos como unos incluseros y en él hemos sido adoptados como hijos. Algo enorme ha pasado en nuestra vida gracias a él. Mirad, si el hombre pudiera vencer a la enfermedad, al pecado y a la muerte, Dios sería para nosotros un majestuoso invitado, es decir, que no lo necesitaríamos para nada; pero resulta que el pecado y la muerte están ahí.

¿Quién podrá librarnos de ella? En el momento en que una mano piadosa cierre nuestros ojos ¿quién nos dará una esperanza de encontrar algo más allá de la cortina? ¿Alguien puede vencer a la muerte? ¿Alguien puede derrotarla? La respuesta es Jesús; solamente él se ha presentado como el camino, la verdad y la vida. No solamente nos ha salvado, sino que nos ha reconciliado con Dios. El verbo griego *kat-allássein* (de *allássein*, que significa cambiar o trocar) indica con claridad que no se trata de un contrato bilateral, como si nosotros y Dios hubiéramos hecho las paces. Se trata de la cosa más preciosa del mundo: Dios ha tendido o extendido sus manos y nos ha dicho, de una manera o de otra, palabras como éstas: “¿Amigos otra vez? ¿Amigos de verdad? ¿Amigos para siempre? ¿Amigos para toda la vida?” En la cruz de su Hijo, el Señor nos ha abrazado a todos y nos ha dicho: “Mira esa cruz y contempla cómo te amo; ¿eres capaz de volver la espalda a ese amor derramado por ti? En Jesús hemos sido reconciliados y justificados.

El verbo justificar es un verbo que apenas entendemos. *Justificar* viene del latín *iustum facere*, que significa hacer justo. Un hombre como Pablo sabía que había hecho esfuerzos terribles para hacerse agradable a Dios. Pero, en Jesús, todos nuestros esfuerzos se han reducido a la nada: él nos ha hecho justos y agradables a los ojos de Dios. Su sacrificio ha sido tan agradable ante Dios que ahora, al contemplarnos en la figura de su Hijo, nosotros resultamos realmente amables a sus ojos. No solamente nos ha reconciliado y justificado, sino que nos ha santificado, es decir, que nos ha llenado de su gracia y nos ha convertido en sus hijos. La adopción filial es algo realmente impresionante. Era una práctica común en la antigüedad, como lo es hoy, el hecho de que muchas familias adoptaban a hijos de otras familias. El hijo adoptado recibía, es verdad, el apellido del padre, pero nunca podía llevar su sangre. Pero nosotros hemos sido adoptados por Dios de una manera tan fantástica y maravillosa que vivimos su misma vida, que él vive su vida en nosotros. Y, por consiguiente, la filiación divina a la cual hemos sido elevados no la podemos perder nunca jamás, pase lo que pase, suceda lo que suceda. Un hijo puede vivir en la casa de su padre como un hijo o puede vivir como un crápula; pero un hijo nunca pierde la condición de hijo. Y esto es lo que nos pasa con Dios: vivamos o no en

su amistad, nosotros nunca dejaremos de ser sus hijos. Puede darse que nosotros no queramos ser hijos de Dios, pero él sí quiere ser nuestro Padre. Por nada del mundo vamos a perder esta condición de hijos a la que hemos sido elevados. Somos hijos de Dios y, si hijos, herederos. Todo lo del Padre es nuestro, todo lo suyo nos pertenece: el cielo es mío, la tierra es mía, la vida eterna es mía, la gloria es mía, todo es mío por voluntad de Dios, porque soy hijo y heredero de Dios.

Cuando Pablo reflexionaba sobre todas estas cosas, se daba cuenta perfectamente de esta tremenda realidad: de que la reconciliación, el perdón, la gracia, la filiación divina, la herencia, la vida eterna nos habían sido regaladas cuando éramos pecadores, cuando no teníamos ninguna fuerza, cuando no podíamos hacer absolutamente nada por Dios. ¿Me entendéis? ¡Nada, absolutamente nada! Entonces fue cuando Dios nos redimió y nos salvó.

Todo nos ha llegado de una manera gratuita, como un don o como un regalo. Por eso, cuando uno comienza a contemplar el espectáculo de un hombre salvado, redimido, justificado y hecho hijo de Dios, comienza a preguntarse:

¿Quién soy yo? Soy como un átomo en la inmensidad o como un minuto en la eternidad, soy como un poco de carne dolorida que se estremece; apenas hemos nacido ya estamos volcados sobre la muerte. Y yo me pregunto y os pregunto: ¿Qué podemos hacer por Dios? ¿Qué se nos ocurre hacer por Dios? ¿Qué obra nuestra puede ser adecuada a lo que él ya ha hecho por nosotros? ¿Qué esperará Dios de nosotros? ¿Obras? ¿Grandes obras? ¿Lo decimos de una vez? Si algo espera de nosotros es la alabanza. Yo os diría que así como el pájaro está hecho para volar y el pez para nadar, el hombre está hecho para alabar. San Agustín lo dijo en una frase muy sencilla: “Magnum opus hominum lauda-

re Deum”, es decir, “La gran obra de los hombres es alabar a Dios“. Sólo en la alabanza podemos responder, aunque sea de una manera inadecuada, a la obra tan maravillosa que Dios ha hecho por nosotros. Y ahí es donde cada uno de nosotros entramos ahora en liza. No sé hasta qué punto nos sentimos salvados, liberados, reconciliados y hechos hijos de Dios, pero en la misma medida en que nos sentimos liberados y salvados deberíamos estar en alabanzas hacia el Señor.

Cuando yo era niño, como era tan inquieto, mi madre me decía con frecuencia: “Parece que tienes azogue en el cuerpo “. Pues bien, la alabanza es como azogue en el cuerpo humano. Cuando el hombre se encuentra *tocado o alcanzado* por el Señor comienza a bullir la alabanza en todo su cuerpo. Los textos bíblicos nos lo dicen hasta la saciedad: “Mis labios te alaban, mi boca te alaba, te alabo con todo el corazón, que mi alma viva para alabar-

te”. Alabamos al Señor con todo lo que somos y con todo lo que tenemos. El corazón es, en la Biblia, el centro de las emociones, de los sentimientos, de los impulsos, de la voluntad, de la libertad y de la inteligencia.



Cuando se habla de alabar con todo el corazón significa que el hombre entero y por entero está implicado en la alabanza: todo le alaba y le bendice, todo canta su gloria, todo se convierte en una alabanza. Qué fantástico es pensar esto, ¿verdad? La alabanza, partiendo del corazón como de su fuente, va inundando con su ímpetu gozoso todos los miembros del cuerpo: la boca se abre, los labios se mueven, las manos se levantan, las arterias se agitan, el cuerpo entero se estremece: todo canta la gloria del Señor.

La alabanza es como una declaración de amor. No se puede hacer una alabanza como en un susurro, ni como pidiendo perdón. La alabanza tiene que ser explosiva: con cantos, con

música, con aplausos, con aclamaciones poderosas hasta que nos quedemos roncos de tanto alabar y bendecir al Señor. No hay otra alternativa. Yo no sé, como tantas veces he compartido con vosotros, hasta dónde puede llegar la expresión corporal en la alabanza. No lo sé. Me gustaría, sin embargo, dar una regla muy sencilla: “Todo aquello que sea antiestético debería ser eliminado; pero todo lo que sea bello tiene que ser potenciado, porque, mientras el cuerpo no participe plenamente, la alabanza no ha llegado a su plenitud. Algunas veces he compartido con vosotros cuánto me costó levantar los brazos. ¡Pero cuánto me costó! Me pesaban toneladas. Recuerdo perfectamente que fue un Miércoles de ceniza. No estaban en el grupo ni Chus ni Julio. Tenía la impresión de que me iban a decir: “¿Tú también?” En el momento de levantar mis brazos se me subían todos los colores a la cara. Pero entendía perfectamente que hasta que mi cuerpo no entrara en la alabanza, mi alabanza al Señor no sería perfecta. La alabanza se expresa desde el alma, pero el cuerpo no está de prestado en ella; no lo hemos llevado al grupo porque no podemos dejarlo en casa, sino que tiene que participar de lleno en ella.

Alma, corazón, afectos, sentimientos, impulsos, ojos, manos, pies... todo tiene que convertirse en un canto de alabanza para el Señor. Pero hay que dar un paso hacia adelante. Porque el que ha sido *alcanzado* por el Señor, como san Pablo, siente como un ansia insaciable en su ser y se da cuenta de que su alabanza sola no basta. Yo me digo con frecuencia: “Si yo pudiera alabar al Señor como se merece daría vacaciones al mundo entero. Diría a todos los hombres: no os preocupéis, de la alabanza me encargo yo”. Pero eso no será nunca así. Yo necesito oír las voces de mis hermanos junto a la mía, para cantar tanta grandeza y hermosura; necesito sentir a todos a mis flancos para alabar al Señor. En la alabanza no hay voces pequeñas ni insignificantes. Tu voz es tan importante como la mía. Si tú no alabas, yo lo noto, y el Señor lo nota. Yo necesito oír tu clamor para animarme a continuar alabando sin cesar. Nos convertimos en profetas y apóstoles de la alabanza cuando invitamos a la comu-

nidad a alabar: “Venid a alabar, vamos a alabar todos juntos”. Los hombres del pueblo de Dios lo sabían perfectamente. Cuando el sacerdote o el levita o el cantor que estuviera de turno en el Templo invitaba al pueblo a alabar, lo hacía con una sola palabra, repetida sin cesar: “Alelú, alelú” (que significa “alabad”), y el pueblo respondía pronunciando el nombre del Señor: “Yavé, Yavé, Yavé”. Y lo hacía con cantos, con gritos, con aclamaciones, con clamores de alabanza. ¡Qué bello sería si todos los hombres nos convirtiéramos en una pura alabanza de la gloria del Señor! Porque, ¿cuántos millones de hombres somos ahora en el mundo? Unos 6.031 millones, según el dato que yo tengo de última hora. Pero, ¿cuántos alabarán al Señor? Todos, de alguna manera. Hay una frase de San Ireneo que dice: *Gloria Dei homo vivens*, es decir, *El hombre viviente es la gloria de Dios*. El hombre, por el mero hecho de vivir, ya canta su gloria; con su sola existencia es ya una alabanza de su gloria. Pero cuando yo hablo de alabanza, me refiero a esa alabanza que nosotros conocemos. ¿Cuántos le dirán con su corazón y con su voz, consciente y abiertamente: “Te damos gloria, Señor, y te bendecimos? Seguramente no muchos.

Tenemos que convertirnos en sacerdotes de toda la humanidad, para que del corazón de todos los hombres surja una alabanza poderosa para el Señor. Los hombres de Israel así lo sintieron. Israel era un pueblo pequeño e insignificante; ni en los mejores tiempos de su historia debió pasar de dos millones o dos millones y medio. Pero abrió sus ojos a los pueblos de alrededor y los invitó a que se unieran a su alabanza: “Alabad al Señor todas las naciones. ¡Oh Dios, que todos los pueblos te alaben! Príncipes y jefes del mundo, hombres y mujeres, sabios e ignorantes, ricos y pobres, venid todos a alabar y bendecir al Señor”. La alabanza es como una enfermedad *contagiosa*. El que lleva a Dios en su corazón siente la necesidad de comunicar a todos su deseo infinito de alabar. Y así es como, poco a poco, del individuo pasa al pueblo, del pueblo pasa a todos los pueblos, hasta que la alabanza termina por englobar a todos los seres y elementos de la naturaleza.

¿Cuántos millones de estrellas habrá? ¿Cuántos millones de peces, de árboles, de aves, de animales, de granitos de arena? ¡Cuántas voces en la naturaleza! Los rabinos hablaban de una alabanza de las cosas que nadie recogía y así se perdía para siempre. Pero nosotros somos los sacerdotes de toda la creación. Por eso, tenemos que recoger la alabanza que todos los seres tributan inconscientemente al Señor y hacerla consciente para elevarla hacia él. ¡Cuántas veces hemos cantado aquí el cántico de las criaturas, tomado del Libro de Daniel!: “Sol y luna bendecid al Señor, astros del cielo bendecid al Señor, lluvia y rocío, fuego y calor, rocíos y escarchas, heladas y nieves, noches y días, luz y tinieblas, rayos y nubes, montes y colinas, mares y ríos, peces y pájaros... bendecid al Señor, alabadle y ensalzadle por los siglos”.

La creación entera debe convertirse en un cántico de alabanza grandioso para el Señor. Porque cuando se trata de alabarle, ¿lo habéis notado?, el hombre no tiene pudor alguno; se atreve a colarse como de rondón allá arriba en el cielo para invitar a los mismo ángeles a que alaben y bendigan al Señor. ¿Qué harán los ángeles en el cielo? Están viendo constantemente el rostro del Señor, ¿qué pueden hacer, sino cantar constantemente la grandeza del Señor? Pero, por si acaso se distraen en el algún momento, allí está el hombre para decirles: “Ángeles del Señor, bendecid al Señor; alabadle y ensalz-

*“Benedicid al Señor cuanto podáis, no os canséis nunca de alabar; y, al alabar, redoblad vuestras fuerzas, porque él está por encima de todo. Alabad al Señor en todo momento y en todas las circunstancias”.*

zadle por los siglos de los siglos”. El hombre se siente como el responsable de la alabanza universal. Cuando el hombre invita al cielo y a la tierra a alabar, todo se convierte en un clamor de gloria: “En su templo, dice el salmo, un grito unánime: gloria, gloria.”

Apenas podemos imaginar lo que sería el mundo entero alabando y bendiciendo al Señor. Sería el cielo aquí abajo en la tierra. Pues bien, hacia eso caminamos, y mientras no llegemos a ello no podremos conocer el reposo. Seguramente me lo habréis oído decir en numerosas ocasiones: “Benedicid al Señor cuanto podáis, no os canséis nunca de alabar; y, al alabar, redoblad vuestras fuerzas, porque él está por encima de todo. Alabad al Señor en todo momento y en todas las circunstancias”. Porque podríamos pensar: “vamos los miércoles a Maranatha, o a otro grupo, y ya está, ya hemos *cumplido* con la alabanza. Pero yo os digo que, cuando uno se encuentra con la alabanza en su vida, está comprometido para siempre con ella. Si creéis que tenéis bastante con la alabanza que tributáis al Señor aquí, mejor que os retiréis cuanto antes; si creéis que podéis encontrar tregua y reposo, habéis hecho un mal negocio viniendo aquí. Porque la alabanza no conoce ni vicisitudes ni ocasos: es para siempre jamás. Es como una faja que nos ponemos alrededor del cuerpo, como una hiedra que abraza al árbol, como un perro faldero que nos sigue. Nunca nos deja ni nos abandona a lo largo de nuestro camino. Los textos bíblicos nos lo recuerdan hasta la saciedad: “Alabad al Señor siempre, continuamente, sin cesar, sin tregua, día tras día, todos los días, en todo momento, por los siglos de los siglos, por eternidad de eternidades...” La palabra hebrea *olam*, que traducimos por eternamente, significa algo a lo que nunca se le ve fin. No hay fin para la alabanza.

Estamos en un mundo que nos exige la vida entera. No basta alabar un ratito, para pasar después a otro de reposo, sino que estamos comprometidos para siempre jamás: ahora y después, en esta vida y en la otra. Por consiguiente, hay que alabar en todos los momentos y en todas las circunstancias: en la salud y en la enfermedad, cuando llueve y cuando hace sol, cuando tengo ganas y cuando no las tengo, cuando la vida me sonrío o cuando presenta su aspecto más triste. Porque si alabáramos sólo en los momentos en que nos van bien las cosas ¿cuándo le alabaríamos? La alabanza

tendría un tiempo tan racionado que apenas tendríamos un momento para alabar a Dios. San Agustín decía algunas palabras como estas: “¿Cuándo vamos a alabar al Señor? ¿Cuando las cosechas sean buenas? ¿Cuando la salud sea buena? ¿Cuando nos vaya bien a nosotros y a nuestros hijos? ¿Cuando tengamos éxito? ¿Cuando seamos poderosos? ¿Cuando hayamos conseguido un buen empleo? Pero ¿y cuando la salud venga a menos? ¿Y cuando las cosechas sean malas? ¿Y cuando el cuerpo vaya envejeciendo? ¿Y cuando estemos enfermos? ¿Y



cuando estemos a punto de morir? ¿Alabaremos al Señor o dejaremos de alabarle en esos momentos? ¿Deja Dios de ser Dios en algún momento? ¿Dejará de ser digno de toda alabanza?” Tenemos que decirlo con toda la claridad, aunque no lo entendamos: ni el dolor ni la aflicción podrán apartarnos de alabar y bendecir al Señor. Si el dolor nos aleja de la alabanza, entonces hay algo que no ha ido bien en nosotros. Entiendo perfectamente que el dolor puede hacer mella en nuestros corazones, pero sé que también vosotros entendéis perfectamente lo que yo os quiero decir: que no hay situación, por difícil, desagradable o desastrosa que sea, que nos impida bendecir y alabar al Señor. Cuando hablo de la alabanza, hay mucha gente que se acerca a mí para decirme: “Es que la alabanza no me sale, es que me parece algo ficticio”. Pero yo les repito sin cesar: “La alabanza sí sale, sí sale, porque no nace del sentimiento, sino del consentimiento; no es una alabanza *sentida*, sino *consentida*; no nace de los impulsos, sino del corazón; no

de las ganas, sino de la desgana; no es flor de huerto, sino de desierto. Cuando hay agua y sol las plantas germinan, pero la alabanza germina en la tierra reseca y baldía. Allí, en la aridez y en la nada, puede brotar el canto más hermoso de alabanza para el Señor. Por eso, nunca podremos dejar de alabarle y de bendecirle. ¡Nunca jamás!

Los hombres que nos sentimos redimidos y liberados, que hemos pasado de ser hijos de ira a hijos de gloria, estamos invitados y urgidos a alabar y bendecir al Señor por siempre jamás. ¿Qué vamos a hacer por toda la eternidad, sino alabar y bendecir? No vamos a hacer otra cosa que ir de gloria en gloria, de alabanza en alabanza, como en un tobogán sin fin. Por eso es bueno que aprendamos este *oficio* ya desde ahora, para que no nos coja desprevenidos cuando llegemos al cielo.

Sor Isabel de la Trinidad conversaba un día con una monja mayor, y ésta le dijo: “He encontrado en san Pablo un texto fantástico”, el que hemos leído al principio de esta enseñanza. Y aquella jovencita no paró hasta que lo encontró. A partir de ese momento, Isabel de la Trinidad comenzó a llamarse: *Alabanza de gloria*. En una carta que escribía a una de sus hermanas le decía: “Ese será mi nombre allá arriba en el cielo: *Alabanza de gloria*”. Y lo que escribió en el *Último retiro*, lo firmó con este nombre: *Alabanza de gloria de la Santísima Trinidad*. Poco tiempo antes de morir, decía a las Hermanas de su monasterio: “Os dejo esta que ha sido mi vocación aquí abajo en la tierra: ser alabanza de gloria de la Santísima Trinidad”. ¡Alabanza de gloria! Eso lo dice todo. Ese es el fin para el que hemos sido creados, salvados y justificados.

Quiero terminar con las últimas palabras que escribí en mi libro *Nacidos para alabar*:

***Gloria, gloria, gloria,  
a ti, Señor, la gloria,  
a ti sólo la gloria,  
a ti toda la gloria,  
a ti la gloria por siempre.  
Amén. Amén. Aleluya.***

# Recordemos qué es la Renovación Carismática Católica

*Charles Whitehead, antiguo presidente de la RCC y actual residente del Comité Nacional de Servicio de la RCC en Inglaterra nos ilustra con su visión de la naturaleza de la RCC durante el encuentro "12 días de bendiciones" en Castelgandolfo, en septiembre de 2003*

La mayoría de las cosas que os diré no serán nuevas. A lo mejor no estáis de acuerdo con todo lo que digo. Algunos de los temas que yo planteo puede que no sean de ninguna importancia en vuestro país. Puede que me salte algo que vosotros consideréis muy importante, porque la verdad es que aunque somos parte de la Iglesia Católica, hay diferencias culturales e históricas entre nosotros. A menudo decimos cosas de maneras distintas. Lo que se hace en un país puede no ser aceptado en otro. La manera en que experimentamos la Iglesia puede ser muy diferente. Los estilos y las estructuras de liderazgo en la Renovación Carismática a menudo son diferentes en los diferentes países. Las relaciones de unos con otros y con la jerarquía de la Iglesia pueden ser muy formales y ordenadas o muy abiertas e informales. A menudo no se trata de que una manera de hacerlo sea correcta y la otra incorrecta; es simplemente que los modos y las maneras a veces son diferentes porque nosotros somos diferentes y la situación en nuestros países es diferente. Así que por cualquier malentendido o desacuerdo que pueda surgir de mi charla esta mañana os quiero pedir perdón.

Todo lo que os voy a decir viene de mi propio entendimiento, mi propia experiencia y mi propia observación durante un periodo de casi 30 años de este regalo asombroso y maravilloso de Dios que se ha llamado la Renovación Carismática Católica. Al estar

aquí esta mañana ante vosotros y miraros, me doy cuenta de que estoy hablando de algo que es muy precioso, algo que está muy cerca del corazón de Dios, algo que es santo. Me doy cuenta de que estoy de pie en tierra sagrada y hago esto con una sensación de reverencia y respeto ante la presencia de Dios. A veces hablaré de la Renovación Carismática Católica y, a veces, para abreviar, diré la Renovación Carismática y según pase el tiempo lo abreviaré todavía más y me referiré a la Renovación. Dejadme que os diga que las tres expresiones quieren decir lo mismo en mi charla de esta mañana. No quiero decir algo diferente si digo la Renovación Carismática Católica o simplemente la Renovación, estoy hablando de la misma cosa.

Voy a hacer algunas preguntas y para empezar unas preguntas muy básicas: ¿Qué queremos decir con la palabra renovación? En el profeta Isaías, en el capítulo 43, el Señor dice: "Mirad, estoy haciendo algo nuevo, ¿no lo veis?" Dejadme preguntaros sobre esta Renovación en vuestra vida personal. ¿Qué te pasó a ti? ¿Qué eras tú antes de ser llenado con el Espíritu Santo? ¿Qué eres ahora? ¿Cuál es la diferencia entre antes y después? ¿Cómo pasó esto? ¿Cómo recibiste esta gracia de Renovación? ¿Cuál fue la cosa nueva que te pasó a ti? ¿Fue porque asististe a una gran asamblea? ¿Fue porque fuiste a un cursillo especial o a un programa especial de enseñanza? Desde luego el Señor utilizará asambleas, cursillos y programas, pero por sí mismas esas cosas no te renuevan ni a ti ni a mí. Nadie se ve renovado, en el sentido en el que estamos hablando esta mañana, excepto por un acto soberano de Dios, que toca nuestras vidas individual y personalmente por el poder de su Santo Espíritu, y nos cambia. La Renovación es una acción del Espíritu Santo de Dios en ti y en mí. Así que estamos hablando de

algo que empieza de una manera muy personal, entre nosotros: yo, tú y Dios.

Así que mi segunda pregunta es: ¿Qué es la Renovación Carismática Católica? ¿Cuál es su naturaleza? Bueno, es una obra soberana de Dios. No es algo que hayamos soñado, nada de lo que seamos propietarios, algo que controlemos. No es ninguna de esas cosas. La Renovación Carismática es una obra de Dios, no una obra de hombres y mujeres. Y a través de ella se nos pide que le devolvamos el poder a Dios. Antes hemos cantado "Señor, toma el control". Antes de recibir la plenitud del Espíritu Santo yo creo que muchos de nosotros creíamos que éramos los que teníamos el control, y la invitación de la Renovación Carismática es rendir ese control a Dios, devolverle el poder a Él. Queremos permitirle a Él que sea Dios en nuestras vidas y en la vida de la Iglesia. Y que obre en nosotros y a través de nosotros por el poder de su Santo Espíritu. Si creemos que nosotros controlamos la Renovación Carismática estamos cayendo en el mismo pecado que Adán y Eva en el Jardín del Edén. Estamos diciendo: nosotros queremos ser Dios.

Examinemos esta pregunta un po-

*La Renovación Carismática es una obra de Dios, no una obra de hombres y mujeres. Y a través de ella se nos pide que le devolvamos el poder a Dios*

co más en detalle. Durante nuestro trabajo en los Estatutos del ICCRS, a principios de los 90, intentamos explicar la Renovación Carismática y elegimos algunas de las frases y descrip-

ciones siguientes para hacerlo. Por ejemplo, dijimos:

*La Renovación Carismática Católica no es un movimiento mundial unificado y único como lo son otros. No tiene un fundador o un grupo de fundadores como otros movimientos lo tienen. No tiene listas de miembros. No tiene programas formales de iniciación que todo el mundo tenga que seguir. Lo que sí que tiene es una colección muy diversa de individuos, grupos, ministerios, actividades, programas, que a menudo son bastante independientes unos de otros y que, con frecuencia, están en estadios muy diferentes de evolución y tienen diferentes énfasis.*

*Sin embargo, en toda esta variedad, todos compartimos la misma experiencia fundamental: la obra del Espíritu Santo que cambia la vida, y todos tenemos los mismos objetivos generales, las mismas metas.*

Miraremos esas metas más tarde. Este patrón de relaciones distintas e informales se encuentra en la Renovación en los niveles locales, diocesanos, nacionales e internacionales. Cuando estábamos mirando nuestros Estatutos dijimos que estas relaciones se caracterizan muy a menudo por ser una asociación libre, por realizar un trabajo juntos, por compartir juntos. Sentíamos que la Renovación Carismática era como una gran familia. Y si estás en una familia tú sabes que hay muchos tipos distintos de personas en tu familia. La Iglesia es una familia pero, normalmente, no la experimentamos así. Pero sí creo que tenemos una gran experiencia de esta Renovación como una familia. Y una de las características de la Renovación es su enorme variedad de expresiones, ministerios y personas.

Os voy a invitar a que miréis a vuestro alrededor, a los que estamos aquí esta mañana. Somos una diversidad inmensa de personas. Incluso os podríais sonreír unos a otros si queréis ser una familia. Mirad la maravilla de esta variedad, y cada persona tiene una historia singular que contar, y tiene dones particulares. Así que somos una inmensa variedad. Y no siempre necesitamos estar integrados en una única gran estructura organizada; pero

lo que tenemos que tener son buenas relaciones unos con otros. No podemos aceptar las divisiones en la Renovación Carismática. Tenemos que trabajar para sanarlas. El propósito, os quiero sugerir esto, el propósito de la Renovación Carismática no es tener más grupos y más grandes, de manera que creemos una organización muy grande; lo que tenemos que hacer es ayudar a otras personas a que experimenten el poder transformador del Espíritu Santo del mismo modo que lo

*La RCC no es un movimiento, en el sentido de una organización estructurada como otras asociaciones dentro de la Iglesia. No tiene una regla de vida o una constitución*

hemos experimentado nosotros.

Y esto se puede hacer de maneras muy sencillas. No tenemos que tener una gran organización para hacer esto. La naturaleza del liderazgo en la Renovación Carismática es ofrecer servicio unos a otros. Los dirigentes se reconocen por la unción de Dios que otros ven, y luego son invitados a servir de maneras muy distintas. Así que no tenemos una jerarquía grande y formal, no tenemos títulos especiales de la Renovación Carismática, puestos en un trozo de papel para que se nos vea como dirigentes. Tenemos algo que está mucho más centrado en lo que Dios está haciendo en la vida de la gente. Estamos viendo los dones que Dios ha concedido a la gente.

A veces es difícil para otros organismos eclesiales dirigirse a nosotros de una manera formal, porque no tenemos la estructura correcta para que esto suceda. Esto puede ser una debilidad y puede ser una fortaleza. Pero lo que está muy claro es que centra la atención en el hecho de que la Renovación Carismática no es una organización hecha por el hombre, sino que viene soberanamente de Dios. No hay un movimiento de base, una iniciativa de base en la Iglesia que haya llegado

tan lejos, tan rápido o tan poderosamente como la Renovación Carismática Católica. Esto es porque es una obra del Espíritu. Las vidas de incontables millones de personas se han visto tocadas con una nueva fe, una nueva visión, encendiendo a la gente con un amor y un celo para servir al Señor y a su pueblo.

Ayer oí que la última cifra habla de que ya hay 120 millones de carismáticos católicos. Eso suena fantástico. Pero lo debemos ver como 120 millones de personas cuyas vidas han sido cambiadas por la gracia de Dios y el poder del Espíritu. No es algo que hemos hecho nosotros, es algo que el Señor ha hecho. (Aplausos).

El Papa Pablo VI se refirió con esta frase famosa a la Renovación: como “una oportunidad para la Iglesia y para el mundo”. Eso es lo que es exactamente. Pero es una oportunidad que no suficiente gente ha aceptado. 120 millones es mucha gente pero, hermanos y hermanas, no es suficiente. El Señor quiere que cada cristiano, hombre y mujer, estén vivos en el poder y en el amor de su Espíritu Santo. Hay mucho trabajo que hacer. El Espíritu lo hará, y de manera asombrosa y sorprendente nos puede utilizar a ti y a mí.

Dejadme que os haga esta pregunta sobre la naturaleza de la Renovación de otra manera. ¿Cómo describirías tú la Renovación? Vamos a ver lo que no es. Ya hemos dicho que no es un movimiento, en el sentido de una organización estructurada como otras asociaciones dentro de la Iglesia. No tiene una regla de vida o una constitución. No es una nueva espiritualidad. No es una devoción especial al Espíritu Santo. Ni es una red de grupos de oración. No es un número de comunidades. No es una espiritualidad extraña que sólo es conveniente para algunas personas especiales. De hecho, muy a menudo la gente me dice que es una espiritualidad para gente rara. No es nada de eso. No es algo a lo que tú o yo nos hayamos unido como a un club o una asociación. Tú no te levantaste un lunes por la mañana y pensaste: “venga, me voy a hacer de la Renovación Carismática”. No es nada de eso.

Así que, ¿qué es lo que es? Estoy diciendo lo mismo, pero de maneras muy distintas. Lo que sí es, es una experiencia de la persona del Espíritu Santo trayendo a la vida de maneras muy nuevas las gracias que habíamos recibido ya en nuestro Bautismo, y es el Espíritu Santo que viene y trae nuevos dones a nuestras vidas. ¿Veis?, no hay gente especial o superior en la Iglesia a los que se llame “carismáticos”, sino que hay millones de mujeres y hombres corrientes cuyas vidas han sido renovadas “carismáticamente”; en otras palabras, por la acción del Espíritu Santo.

El cristianismo carismático, queridos amigos, es el cristianismo normal. ¡El cristianismo normal! (Aplausos). Por su naturaleza la Iglesia es carismática, y tú y yo somos parte de esa Iglesia y estamos trayendo una gracia particular que Dios nos ha dado a la vida de la Iglesia. No se supone que tengamos que vivir una vida cristiana sin la plenitud del Espíritu Santo. Es esencial para una vida cristiana plena. Pero muchos cristianos, muchos cristianos, intentan vivir una vida cristiana sin el poder del Espíritu Santo. Y eso no es cristianismo normal. Así que el objetivo de la Renovación es llevar la vida del Espíritu Santo a cada parte de la Iglesia, y eso se hace llevándolo a la vida de cada hombre y mujer cristianos. La Iglesia se renueva cuando los miembros de la Iglesia son renovados. Cuando tú y yo nos vemos cambiados empezamos a cambiar lo que nos rodea, porque traemos el amor y el poder y el mensaje de Cristo a nuestra vida cotidiana. Así que esta Renovación existe para ayudar a la gente a que viva una nueva vida en el poder del Espíritu. No sólo a llevarles a algo llamado Renovación Carismática Católica. Queremos que cada individuo viva esta vida en el Espíritu, no importa dónde esté, no importa lo que haga. Esa es la gracia de la Renovación. No es nuestro movimiento, es una iniciativa de Dios. Y nos vemos renovados cuando nos abrimos a Él y aceptamos lo que nos está ofreciendo: la plenitud de su Santo Espíritu.

El Cardenal Suenens, en los años 90, escribió: “Interpretar la Renovación como un movimiento entre otros

movimientos es entender mal su naturaleza; es un movimiento del Espíritu ofrecido a toda la Iglesia y destinado a rejuvenecer cada parte de la vida de la Iglesia”. Esto es para la Iglesia. Es para todas las partes de la vida de la Iglesia. Por supuesto que hay momentos en que la Renovación Carismática Católica tiene ciertos aspectos de movimiento. Por ejemplo, tenemos Comités Diocesanos y Nacionales, tenemos Coordinadoras Regionales y Na-

*“Interpretar la Renovación como un movimiento entre otros movimientos es entender mal su naturaleza; es un movimiento del Espíritu ofrecido a toda la Iglesia y destinado a rejuvenecer cada parte de la vida de la Iglesia”.*

cionales, tenemos grupos particulares que sirven y ayudan en la Renovación, y estos pueden tener aspecto de movimiento porque son una organización. Pero estos grupos, estos cuerpos sólo existen para facilitar la obra del Espíritu Santo. No están ahí para promocionarse a sí mismos o sus ideas, o para construir sus propios reinos, están sólo allí para permitir que esta gracia fluya con más libertad a la vida de la Iglesia.

La Renovación es, ante todo, personas y el resultado de su relación con Dios es que la fe se vuelve viva. ¿Se ha hecho viva tu fe por la obra del Espíritu Santo?... (“Sí”) Esto no suena muy convincente. ¿Tu fe se ha hecho más viva por la obra del Espíritu Santo? (Se oye más fuerte “¡Sí!”). Y te voy a decir que no tuvo nada que ver contigo. No fue por tus ideas o porque tú te lo merecieras, o porque tú lo planearas, todo tiene que ver con el amor, la misericordia y el poder de Dios fluyendo en tu vida (aplausos). El regalo para nosotros es Dios mismo, que se nos ha dado de una manera más plena y más maravillosa. Tú y yo somos templos del Espíritu Santo. Así que si miras a la persona que está a tu lado puedes pensar que hay templos extra-

ños. Y puedes pensar “yo no le hubiera elegido a él”. Pero el Señor obra a su modo, no a nuestro modo, y ha elegido a esta sala maravillosa llena de personas para que sean templos de su Santo Espíritu, y para que libere en nosotros la plenitud de la presencia y el poder del Espíritu de Dios. Y ese es un pensamiento asombroso. Si mañana por la mañana os despertáis deciros a vosotros mismos: “dentro de mí está la plenitud del amor, la presencia, el poder de Dios mismo”. No os preguntéis por qué te ha elegido a ti, esa pregunta nunca la podréis responder. Simplemente agradece que lo hiciera. Pues por la gracia de la Renovación, y es gracia, a través de la gracia de la Renovación una fe cristiana limitada o heredada se transforma en una vida de fe activa y plena a través del poder del Espíritu Santo. Entramos en una relación viva con Jesucristo, basada en una decisión personal y un compromiso. Y entonces esta relación se vive en el poder del Espíritu Santo.

Esta gracia se ha llamado muchas cosas. Muchos hablan del Bautismo en el Espíritu Santo, muchos hablan de la Liberación del Espíritu Santo, otros hablan de la Efusión del Espíritu Santo. A mí no me importa cómo lo llaméis, pero sí que me importa mucho que lo recibáis, que lo recibáis. No os preocupéis cómo lo describimos, simplemente decid “Sí, Señor” y recibidlo. En el Credo de nuestras Eucaristías decimos: “Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida”. Esta Efusión del Espíritu Santo, este Bautismo en el Espíritu Santo, esta Liberación del Espíritu Santo es un canal para recibir esa vida del Espíritu Santo. Es un canal de gracia. Abramos ese canal y recibámoslo. Os voy a hacer una advertencia. La Renovación Carismática Católica no tiene el monopolio de esta gracia. No tenemos el monopolio de esta gracia. No pertenece a la Renovación Carismática Católica. Es la gracia de Dios concedida como Él quiere concederla, y Él la concederá fuera de la Renovación Carismática. Nos puede sorprender, pero espero que estemos encantados cuando eso suceda. Y todos necesitamos llenarnos y volvernos a llenar con el poder y la vida del Espíritu. Pablo, cuando escribe a los Efesios, en el capítulo 5, versículo 18, expresa esto

con estas palabras: “Llenaos del Espíritu”, y el sentido que tiene esto es que necesitamos seguir llenándonos. Yo creo que fue el gran evangelizador Billy Graham al que le preguntaron una vez, “¿por qué sigues orando para estar lleno de Espíritu Santo?”, y su respuesta fue muy simple, dijo: “porque tengo fugas, tengo fugas, y la vida y el agua del Espíritu se me escapan a través de mi pecado y necesito volverme a llenar”. Si empezamos a pensar que de alguna manera somos superiores a otros cristianos porque estamos llenos del Espíritu Santo hemos fracasado en comprender la naturaleza y el propósito de este regalo maravilloso de Dios. No es para hacernos cristianos de élite. Tú y yo estamos aquí hoy por gracia de Dios, no porque seamos superiores de algún modo a otros cristianos.

Así que esto me trae a mi cuarta pregunta. Cuando decimos que la Renovación es una gracia para toda la Iglesia, ¿qué es lo que queremos decir? ¿Qué queremos decir? Queremos decir que es una gracia, que es gratis para todos. Todos. Si tú y yo estuviéramos viviendo como Cristo realmente quiere que vivamos, esta sala no sería suficientemente grande para la gente que quisiera estar aquí. Somos testigos y siempre podemos ser mejores. Pero no somos superiores. No llegamos y damos a la gente así desde arriba algo que les falta. Dios va a tocar a esa gente. Podemos inspirarles para que se abran a recibir lo que Dios quiere dar. Y esto quiere decir que la Renovación, esta gracia, es para toda la Iglesia. Y tenemos que tener cuidado para que no se nos identifique con alguna tendencia particular de la Iglesia. No queremos ser identificados como los tradicionalistas, o los progresistas, o los liberales, o los conservadores. Necesitamos ser parte de toda la vida de la Iglesia si esta gracia va a fluir a través de nosotros hacia otros. No le estamos diciendo a la Iglesia cómo debería actuar, no le decimos a los individuos lo que deberían hacer, no estamos intentando dirigir esta gracia hacia donde pensamos que debe ir. Estamos abiertos a muchas expresiones diferentes de la gracia de la Renovación fluyendo en distintas direcciones dentro de la vida de la

Iglesia.

Debo confesaros que a veces me ha sorprendido mucho adónde manda el Señor esta gracia de la Renovación. Porque yo sé que alguna de las personas no se lo merecen. Y cuando pienso en eso me doy cuenta de qué manera más equivocada de pensar es esa. Yo no me lo merezco, pero el Señor me lo dio. Vosotros, queridos amigos, que parecéis personas muy simpáticas esta mañana, algunos parecéis muy santos, pero os quiero decir que tampoco os lo merecéis. Esto es gracia, no tiene nada que ver con lo que merecéis. Tiene todo que ver con el amor de Dios. Así que recibidlo con gratitud, como un vaso de agua en el desierto, y permitid que os cambie.

Así que no queremos dedicar mucho tiempo a nuestro crecimiento en la Renovación Carismática. Queremos dedicar tiempo a asegurarnos de que la gracia fluye. Eso es más importante. Debemos centrarnos en la voluntad de Dios para nosotros y para otros. No tenemos que entender todo lo que Dios hace. No tenemos que preocuparnos si la Renovación Carismática tiene éxito o fracasa, siempre que nosotros individualmente y en nuestros grupos seamos obedientes y fieles a lo que Dios está haciendo. Dios nos pide que seamos fieles y que dejemos esa cuestión del éxito o el fracaso en sus manos. Debemos hacer lo que nos pide. Estamos llamados a descubrir los recursos espirituales que todos tenemos a nuestro alcance y que necesitamos coger para que la gente pueda verse preparada para vivir una vida cristiana plena ellos mismos. Queremos enseñarles cómo eso es posible. Todo el mundo necesita el poder del Espíritu Santo. ¿Hay alguien aquí esta mañana que no necesite el amor, la presencia y el poder del Espíritu en su vida? Porque si no necesitas eso yo te recomiendo que te vayas a hacer turismo por Roma por-

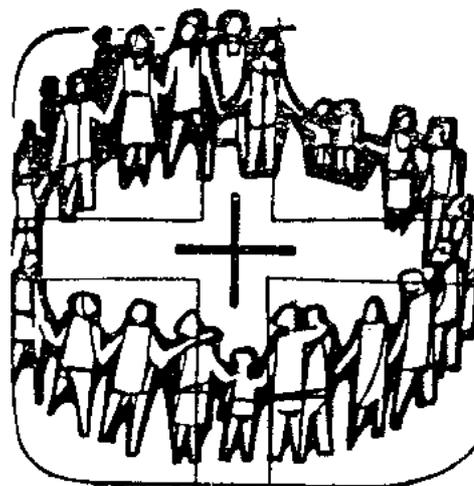
que no necesitas estar aquí. Estamos aquí porque necesitamos más del Espíritu del Señor.

Ahora mi siguiente pregunta es: ¿cuáles son las metas u objetivos de la Renovación Carismática? ¿Cuáles son? Me meto en aguas profundas, así que seguid sonriendo. Las metas de la Renovación Carismática son las mismas que las metas y objetivos de la Iglesia misma. La Renovación busca la conversión, la salvación y la santificación de todas las personas y quiere verlas unidas en una asamblea eficaz como pueblo de Dios. Aunque la Renovación pone un énfasis especial en el papel principal del Espíritu Santo en esto, también nos centramos en Dios como Padre y en Jesús su Hijo como nuestro Señor y Salvador. Somos una Renovación trinitaria. A veces tenemos que recordarlo cuando estamos siempre mirando lo que el Espíritu hace.

La Renovación Carismática Católica trata de las cosas esenciales en la vida cristiana. ¿Cuáles son esas cosas?: El Padre amoroso que perdona, la persona y el señorío de Jesús, el Espíritu Santo y su presencia en cada uno de nosotros. Las Escrituras y los Sacramentos. La manera en que crecemos en nuestra vida espiritual. La Renovación tiene mucho que ver con la oración, la alabanza, la adoración. Tenemos una facilidad de alabar y adorar al Señor que a menudo no está presente en otras partes de la vida de

la Iglesia. Cuando nos reunimos nuestro primer pensamiento es oración, alabanza y adoración. A veces voy a grupos donde el primer pensamiento es mirar la agenda de la reunión. Pero para nosotros el primer pensamiento siempre es el Señor. La Renovación es crear

comunidad a través de grupos de oración, de comunidades, pero dentro de la Iglesia. Queremos que la Iglesia sea



una auténtica comunidad. La Renovación son los carismas, los dones del Espíritu Santo, los dones de poder, de revelación, la evangelización y el testimonio. Queremos compartir esto con otros. Queremos proclamar a Cristo a otros. Queremos ser buenos testigos. Estamos felices cuando alguien nos dice: “¿por qué sonríes?” y le podemos decir por qué. Nos tenemos que concentrar en las cosas esenciales, en lo básico de nuestra fe. No debemos centrarnos demasiado en nuevas prácticas y devociones. No me malentendáis. No estoy atacando o criticando devociones. Las devociones particulares son una elección personal y nos ayudan de maneras muy distintas, pero no queremos promover ninguna devoción particular bajo el cartel de la Renovación Carismática, porque si hacemos eso excluimos otras devociones. Y existe el peligro de distraernos de nuestro don principal que es el Bautismo, la Efusión del Espíritu Santo. Así que os aliento a que no perdáis esto de vista (aplausos).

¿Qué es lo que distingue a la Renovación Carismática Católica de otros grupos de la Iglesia? ¿Por qué de algún modo somos diferentes? Si queréis empezar la Legión de María en vuestra Parroquia u otro grupo de ese tipo, normalmente no tendréis ningún problema. Pero si queréis comenzar un grupo carismático en vuestra Parroquia tendréis que contestar a muchas preguntas. La razón es, y esto es lo que nos hace diferentes, la característica distintiva de la Renovación Carismática Católica: nuestra comprensión de que el papel del Espíritu Santo en la Iglesia no ha cambiado desde el día de Pentecostés; que podemos experimentar hoy la efusión del Espíritu, el poder del Espíritu, los dones del Espíritu, el amor del Espíritu y la presencia del Espíritu exactamente del mismo modo en que se experimentaron en Pentecostés. Y decimos “esto es normal”. Y otros dicen “no lo es”. Es cristianismo normal. Es como nació el cristianismo. Es normal. Y la prueba de la autenticidad de esto no depende principalmente de analizar la experiencia sino del estudio del efecto del Espíritu Santo en tu vida y en la mía. Y la Iglesia en casi todas las declaraciones que ha hecho sobre la Re-

novación Carismática, que han venido especialmente del Papa actual, habla del fruto de esta Renovación. Mirad, queridos amigos, el fruto habla muy alto. Las ideas inteligentes no hablan muy alto. Las vidas cambiadas hablan muy alto.

Recuerdo que, hace muchos años, hablando con un párroco, me dijo: “Charles, no me gusta la Renovación Carismática. Ha causado divisiones en mi Parroquia. No entiendo por qué la gente levanta los brazos, no entiendo por qué hablan en lenguas, pero me gusta mucho el fruto de la Renovación Carismática. La gente en mi Parroquia está orando. Vienen regularmente a los sacramentos. Están limpiando mi iglesia”. Y me dijo: “están dando diez veces más dinero que la media”. Diez veces más. Así que dijo: “veo el fruto y debo tomar la experiencia más seriamente”. Este es un testimonio maravilloso.

Yo creo que la meta y la dirección de la Renovación Carismática Católica es ver cada obra dentro de la Iglesia basada en un discernimiento real del propósito y el plan de Dios, que luego llevamos a cabo en su fuerza, no en la nuestra. Así que no decidimos hacer lo que nosotros pensamos que tiene que hacerse, sino que le preguntamos qué es lo que Él quiere que hagamos. Y sabemos que cuando encontramos eso nos va a preparar para hacerlo. Va a transformar tu Consejo Parroquial, te lo puedo prometer. Si empiezas por preguntar a Dios lo que Él quiere, yo te puedo prometer que tu segundo paso será romper por la mitad la agenda de la reunión, porque la mayoría de las cosas a las que miramos no son las que Él está mirando. Estoy exagerando un poco para que lo entendáis.

¿Cuáles son las cosas más importantes que hacemos? ¿Cuáles son nuestros dones para la Iglesia? Bueno, no necesito decir esto pero, primero y principalmente, es este Bautismo en el Espíritu, la Efusión del Espíritu. El Cardenal Suenens dijo: “El alma de la Renovación, el Bautismo en el Espíritu, es una gracia de renovación pentecostal ofrecida a todos los cristianos”. Eso está en el corazón. Con él vienen los dones espirituales y los carismas. Necesitamos una Renovación Caris-

mática. Desde luego una relación personal con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Un compromiso para buscar la santidad. Vamos a hacer eso en nuestro retiro bajo el lema de “Sed santos”. Por supuesto, la oración, la alabanza y la adoración, estas cosas son muy importantes. Pero el poder para todo eso es el Bautismo en el Espíritu Santo. En la Renovación tenemos una fe expectante. Yo estoy aquí esta mañana porque creo que Dios va a hacer cosas. Creo que durante estos días Él va a actuar.

Recuerdo una vez que un sacerdote me dijo que dio un retiro en una Parroquia y que al principio oró al Espíritu Santo: “Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y reaviva en nosotros el fuego de tu amor, envíanoslo”. Y luego les dijo a los que estaban reunidos, “¿Qué pensáis que va a pasar?” Y uno dijo: “Nada, Padre. Usted va a dar una charla que puede ser buena o puede ser aburrida”. Y dijo: “Pero ¿qué es lo que acabas de pedir?” Y esta persona dijo: “Hemos orado: Ven, Espíritu Santo”. Y el sacerdote le dijo: “¿Tú crees que va a venir?” Y la respuesta fue: “Espero que no”. “¿Por qué esperas que no?”, le preguntó, “¿por qué esperas que no?” “Porque no sabemos lo que puede hacer”, fue la respuesta. Este es el problema; no sabemos lo que Él puede llegar a hacer si viene, pero sí que sabemos que podemos confiar en Él plenamente. Así que tenemos una fe expectante, y eso no lo podemos perder nunca.

*Yo creo que la meta y la dirección de la Renovación Carismática Católica es ver cada obra dentro de la Iglesia basada en un discernimiento real del propósito y el plan de Dios, que luego llevamos a cabo en su fuerza, no en la nuestra*

Tenemos una sensación de alegría y de celebración; es divertido ser un cristiano hoy. Cuando miras a las personas no siempre te das cuenta de que creen en eso, pero yo sé que vosotros

aquí sí os lo creéis. Tenemos un deseo de ser testigos, tenemos el poder de evangelizar. Y tenemos la esperanza, la esperanza que le falta al mundo de hoy; tenemos confianza en sus promesas porque sabemos que Él es fiel. Y nuestro don es también ser una voz profética en la Iglesia y en el mundo. Las voces proféticas no siempre son populares. Pero ese es parte del regalo que recibimos. Y tenemos que estar comprometidos en la intercesión y en el combate espiritual, porque tú y yo estamos vivos en el Espíritu y eso quiere decir que entendemos a los espíritus negativos, los espíritus demoníacos, así como al Espíritu Santo. Y así tenemos un papel y una labor para defender a la Iglesia en el poder del Espíritu contra los ataques de Satanás; es parte de nuestra llamada. Los que no comprenden que hay un combate espiritual a nuestro alrededor no lo pueden hacer. Pero nosotros sabemos y estamos llamados a hacerlo como parte de nuestra misión en la Iglesia.

Llego casi al final, todavía no he llegado. Hay una historia que cuentan de un hombre que se durmió en la primera fila. En la fila primera de aquí no hay nadie dormido esta mañana. Se quedó dormido en la primera fila y el orador se dio cuenta y le dijo a un jovencito que estaba a su lado: “Por favor, despiértale”. Y el joven miró al orador y le dijo: “¿Por qué? Tú eres el que le has hecho dormir, despiértale tú”.

¿Cuáles son los retos que tenemos por delante? ¿Por qué estamos aquí? Bueno, primero de todo estamos aquí para escuchar al Señor juntos. Necesitamos escuchar la voz del Señor durante estos días. Estamos aquí para escucharnos unos a otros. Estamos aquí para mirar hacia delante y ver lo que nos puede reservar el futuro guiados por la voz del Espíritu. Y estamos aquí para ver de dónde venimos, porque todo el mundo está en un viaje.

Nos enfrentamos a algunos peligros en la Renovación Carismática. Yo creo que el peligro más grande es que siempre existe la tentación de hacernos más aceptables para otras personas hablando menos de esas cosas que los otros encuentran difíciles o

incómodas. ¿En qué estoy pensando? Estoy pensando, queridos hermanos y hermanas, en lo que está en el corazón de la Renovación: el Bautismo en el Espíritu Santo, la profecía, las lenguas, la sanación, los milagros, la evangelización... Muchos en nuestra Iglesia encuentran esos temas difíciles, y para ser aceptados a veces nos vemos tentados a transigir. “Bueno, no vamos a hacer ninguna de esas cosas porque molesta a la gente”. No caigáis en esa tentación. Estamos llamados a ser proféticos, y la vida de un profeta nunca es fácil. Jesús no tuvo una vida fácil, y tú y yo no la vamos a tener. Pero lo que nos dijo fue que Él está con nosotros, y cuando Él está con nosotros los pesos que llevamos se hacen ligeros; pero nunca prometió que el viaje fuera fácil.

Tenemos que estar seguros también de que trabajamos por un equilibrio entre la dimensión carismática y la institucional en la vida de la Iglesia. Las dos partes son esenciales. La institución sin carisma está muerta. El carisma sin la institución es caótico. Necesitamos a los dos juntos de una manera equilibrada y sana. Tenemos que asegurarnos de que en estas áreas somos fieles a la Iglesia. Que primero somos católicos y luego carismáticos católicos. Ese es el reto. A veces me gustaría ser primero carismático y luego católico, pero no, es al revés.

Sabemos, por ejemplo, que la Iglesia está comprometida en el viaje ecuménico y, por lo tanto, somos católicos en la Iglesia y ecuménicos. Pero estamos comprometidos en este viaje ecuménico en el contexto de una fe católica plenamente vivida y comprendida. No debemos ser estrechos de miras o introvertidos. Debemos levantar nuestros ojos y mirar todo el cuadro de la Iglesia y el mundo.

No debe haber ningún tipo de competición entre nosotros o competición con otros grupos en la Iglesia. Es una tentación compararnos con otros. En muchos sitios nuestra historia no es algo de lo que podamos estar orgullosos. A menudo es algo de lo que debemos arrepentirnos. Han existido, y todavía hay, demasiadas divisiones en la Renovación Carismática Católica, necesitamos sanar esas divisiones.

No debemos volver a la seguridad de las formas tradicionales. Si lo hacemos podemos arriesgarnos a escuchar esas palabras de San Pablo a los Gálatas, pero con un pequeño cambio. Lo que oiríamos sería: “¡Insensatos carismáticos! ¿Fue porque practicasteis la ley que recibisteis el Espíritu o porque creísteis lo que se os predicó? ¿Sois tan insensatos, vo-

*Estamos llamados a ser proféticos, y la vida de un profeta nunca es fácil. Jesús no tuvo una vida fácil, y tú y yo no la vamos a tener. Pero lo que nos dijo fue que Él está con nosotros, y cuando Él está con nosotros los pesos que llevamos se hacen ligeros; pero nunca prometió que el viaje fuera fácil.*

sotros carismáticos, que vais a acabar en observancias externas lo que empezasteis en el Espíritu Santo?” Tened cuidado de que no nos volvamos atrás. Nunca debemos olvidar que ser bautizado en el Espíritu es darse cuenta de que en todo, en todo, tenemos que vivir no por nosotros mismos ni nuestros esfuerzos, sino por la provisión del Dios de vida y poder en Cristo, dados a nosotros a través del Espíritu Santo.

¿Dónde estamos ahora después de 36 años? 36 años de la Renovación Carismática Católica. Hoy, hermanos y hermanas, estamos humildemente en el corazón de la vida de la Iglesia. Nuestra presencia en este lugar es evidencia de eso. Realmente pertenecemos a la familia de la Iglesia. No somos una organización marginal, no somos “para-Iglesia”. Estamos en el corazón palpitante de la Iglesia. Es donde deberíamos estar y es a ese punto donde hemos viajado. Porque no estábamos allí hace 36 años. Éramos una idea marginal y hemos viajado juntos hacia el corazón de la vida de la Iglesia. Podemos leer en muchos documentos lo que la Iglesia piensa de nosotros. ICCRS ha publicado un li-

bro muy bueno llamado “Entonces Pedro se levantó”. Si queréis saber lo que la Iglesia piensa de nosotros, leedlo. ICCRS está reconocido por la Santa Sede como el organismo para la promoción de la RCC. La mayoría de las Conferencias Episcopales han reconocido la Renovación de uno u otro modo. Los obispos locales han aprobado los estatutos de algunas comunidades y coordinadoras nacionales. Así que hemos pasado la infancia, y hemos pasado por los años adolescentes, donde a veces hemos sido traviesos y nos hemos portado mal, y hemos llegado a la madurez de los años medianos. 36 años, maduros. Pero espero que no hayamos perdido nuestro entusiasmo juvenil. Espero que no hayamos perdido nada de nuestro compromiso. También espero que seamos menos superficiales de lo que éramos hace 36 años, ciertamente somos menos inocentes, y muchas de nuestras esperanzas todavía no se han realizado, queda mucho por hacer. Sabemos ahora que mucha gente no está preparada para arriesgarse a abrazar la plenitud de la vida en el Espíritu, no importa lo que tú y yo digamos. Algunos no están preparados para dar ese paso, y simplemente debemos aceptar que sólo Dios puede cambiarlos. Sólo Dios puede cambiarlos. Hemos experimentado el cambio. Hemos visto la presencia y el poder del Espíritu obrando en nosotros y a través de nosotros, y tenemos grandes testimonios. Probablemente cada persona en esta sala podría venir aquí y compartir un testimonio. Hemos visto cosas asombrosas: personas sanadas, vidas cambiadas, los que estaban espiritualmente muertos resucitados. Hemos visto a la gente más difícil que se convertía en la gente más maravillosa a través del poder de Dios. Cuando yo fui bautizado en el Espíritu Santo y cuando al día siguiente me enfrenté a un montón de gente, me asomé porque a toda esta gente Dios les había cambiado a gente mucho más agradable de lo que eran el día anterior. Y sólo porque yo había recibido el Bautismo en el Espíritu Santo.

Hemos cometido algunos errores. Creo que entendemos la importancia de la buena enseñanza y la buena formación para desempeñar nuestro papel en la vida de la Iglesia. Sabemos

cuál es nuestra llamada para esta gracia de la Renovación. Sabemos que en la mente del Papa Juan Pablo II estamos en primera línea proclamando el Evangelio con nuestros otros herma-

*Espero que no hayamos perdido nuestro entusiasmo juvenil. Espero que no hayamos perdido nada de nuestro compromiso. También espero que seamos menos superficiales de lo que éramos hace 36 años, ciertamente somos menos inocentes, y muchas de nuestras esperanzas todavía no se han realizado, queda mucho por hacer.*

nos y hermanas de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales. Recordáis que en la vigilia de Pentecostés 98 nos dio una misión. Esto es lo que dijo: “Hoy, desde esta plaza (la de San Pedro), Cristo os repite a cada uno de vosotros: Id a todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura. Cuenta con cada uno de vosotros. El Señor nos asegura: Mirad, yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”. Esa es la misión que el Papa nos dio a nosotros y a los nuevos movimientos eclesiales. Abracemos esa misión, hermanos y hermanas. Vamos a asegurarnos de que al abrazarla sigamos siendo profetas y carismáticos. ¿De qué serviría una Renovación Carismática sin los carismas? No sirve para nada, es como la sal que ha perdido su sabor. No debemos comprometer la gracia de la Renovación, debemos seguir siendo carismáticos.

Finalmente..., ahora tenéis que sonreír. ¿Habéis oído la definición de un optimista? Un optimista es una persona que se vuelve a poner los zapatos cuando el orador dice “y finalmente...”.

Finalmente llegamos a mi última pregunta, y es una pregunta para no-

sotros porque somos dirigentes. Yo me he hecho esta pregunta muchas veces. ¿Mi liderazgo en la Renovación Carismática Católica es algo que puedo dejar cuando me siento cansado y digo ya he tenido bastante? ¿Puedo simplemente dejarlo? Yo quiero decir esta mañana que la llamada de Dios no es algo que podamos tomar o abandonar como queramos. No depende de nosotros el intentar devolver a Dios su unción y su llamada. Por supuesto Él puede quitárnosla, y eso es algo que Él decidirá, no nosotros. Pero a ti y a mí se nos ha confiado algo que es realmente notable, es nuestro regalo que nos da Dios; no es nuestro para controlarlo o para que nos pertenezca, o para hacer con ello lo que queramos. No es algo que le debemos devolver a Él. Puede que Él se lo lleve, pero no debemos abandonarlo. Dejarme que os lea del Profeta Isaías el capítulo 40, versículos 28 a 31: “¿Es que no lo sabes? ¿Es que no lo has oído? Que Dios desde siempre es Yahvé, creador de los confines de la tierra. Que no se cansa ni se fatiga y cuya inteligencia es inescrutable. Que al cansado da vigor y al que no tiene fuerzas la energía le acrecienta. Los jóvenes se cansan, se fatigan. Los valientes tropiezan y vacilan, mientras que a los que esperan en Yahvé, Él les renovará el vigor, subirán con alas como de águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse”. Si confiamos en el Señor, si le estamos permitiendo que obre en nosotros y a través de nosotros, no debemos pensar en abandonar la tarea a la que nos ha llamado. Porque Él nos va a preparar, Él es nuestra fuerza. Y nuestra responsabilidad es vivir esta gracia de la Renovación tan plenamente como podamos, confiando en el Señor, confiando en su poder y compartiendo esta gracia con todos los que nos encontremos. Oímos sobre Timoteo ayer en nuestra lectura, y cómo Pablo le escribió a Timoteo en su segunda carta, primer capítulo, versículo 6: “Por esto te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”. Todavía nos quedan cosas por reavivar.

Cuando caminamos en la voluntad de Dios estamos en paz. Cristo murió, Cristo murió en la cruz para nuestra salvación, para darnos paz y libertad.

Necesitamos aceptar eso todos los días de nuestra vida y necesitamos seguir caminando con Él, en el poder y en la libertad del Espíritu Santo. Significa volvernos de nosotros mismos hacia Dios, de nuestras obras a la fe y volvernos de la ley al Espíritu. Significa escuchar la voz y la guía del Espíritu Santo. Quiere decir hacerlo

todo, todo, en su fuerza, no en la nuestra. Y hacerlo para gloria de Dios, y no para nuestros propósitos. Significa devolver el poder, el control a Dios. No por el poder ni la fuerza, sino por mi Espíritu, dice el Señor. Caminar en el Espíritu es caminar en el amor, en la libertad y en el poder de Dios, no en el del hombre. Si Dios

quiere, yo espero hacer eso el resto de mi vida, y espero que vosotros lo hagáis también (aplausos). Espero y pido que todos lo hagamos hasta que un día escuchemos esas palabras maravillosas de Cristo: “Bien, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor”. Amén. Gracias.

## ¿Quién es ICCRS?

*Allan Panozza actual presidente del Consejo Internacional de la RCC nos explica quién es el ICCRS. Este artículo ya se ha publicado en el boletín de enero de este año de dicho organismo.*

Cuando fui elegido para el Consejo Internacional (ICCRS), advertí que cada uno de mis compañeros consejeros poseía un amor profundo por Jesús, un deseo de participar en la obra del Espíritu Santo, y un compromiso con la Renovación Carismática Católica. Descubrí que ICCRS no era ningún tipo de cuerpo dictatorial creado para dirigir las actividades de la Renovación mundial. Todo lo contrario, ICCRS sólo tiene una razón principal para existir: ICCRS literalmente existe para servir.

Durante mis años en la Renovación, he visto ocasiones en las que la competencia y las luchas de poder entre algunos líderes de grupos de oración y comunidades han conducido a la discordia y, a veces, a la destrucción total de un grupo en particular. Me acuerdo que Jesús se encontró una vez con facciones similares que se estaban creando entre los apóstoles. Se ocupó de ello con mucha firmeza “...no ha de ser así entre vosotros; sino el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido sino a servir...” (Mc 10, 43-45). Estas palabras de Jesús expresan para mí elocuentemente la verdadera naturaleza de ICCRS.

El mandato de la Santa Sede que da autoridad y unge a ICCRS es muy claro y se afirma en el primer artículo de sus Estatutos: “...su misión es el servicio a y la promoción de la RCC por todo el mundo, bajo la acción del Espíritu Santo, en estrecho contacto con la Santa Sede...” El Papa Juan Pablo II reafirmó más recientemente este mandato: “La tarea de ICCRS es coordinar y promover el intercambio de experiencias y reflexiones entre las comunidades carismáticas católicas en todo el mundo” (Rímíni, 24 de abril de 2000).

Yo creo que la Iglesia Católica puede ser descrita como “un misterio” y, sin embargo, mi propia noción de la Iglesia es muy simple: “La Iglesia es Cristo viviendo en el mundo hoy a través de su pueblo”. Yo creo que la Renovación Carismática en la Iglesia es un regalo soberano de Dios en este momento de la historia y una “moción demostrable” del Espíritu Santo a través de la experiencia que nosotros llamamos “Bautismo en el Espíritu Santo”.

Yo creo que ICCRS es una entidad inspirada por el mismo Espíritu Santo para encarnar su obra y para ser una fuente de apoyo y aliento a la Renovación Carismática mundial y, desde luego, a toda la Iglesia.

El Consejo actual de ICCRS incluye hombres y mujeres de trece

países distintos que abarcan todos los continentes, y el personal de la oficina de ICCRS en Roma procede de cinco países distintos. Verdaderamente podemos decir que la naturaleza internacional de ICCRS se refleja en las palabras del canto de alabanza: “Por todo el mundo el Espíritu de Dios se mueve”.

Estoy muy agradecido a Dios Todopoderoso por las muchas bendiciones que ha derramado en mi vida. Una de estas grandes bendiciones ha sido la oportunidad de servirle a través de la Renovación Carismática Católica en mi propio país, Australia, y en otros.

Durante los catorce años que he servido en el Consejo Internacional, me he visto honrado haciéndolo con hombres y mujeres, dotados y generosos, de muchos países, y algunos que ya se han ido a su recompensa eterna. En ICCRS estamos orando para que la causa para la beatificación del muy amado P. Emiliano Tardif se abra pronto. El P. Tardif sirvió en el Consejo de ICCRS a finales de

los 90 con el ministerio especial de sanación, y dio testimonio de Jesús utilizando su carisma y a través de su humildad y santidad.

A lo largo de los 2000 años de historia de la Iglesia, Dios ha hecho surgir muchas personas carismáticas y las ha ungido para traer nueva vida y



nuevo vigor en tiempos de necesidad. Eran personas que tenían una visión para servir a Dios en sus vidas cotidianas y el valor para llevar ese servicio a otros por medio de la oración y la acción. Sólo por nombrar a unos pocos, puedo referirme a las vidas del gran apóstol Pablo, Teresa de Ávila, Francisco de Asís, y en tiempos más recientes Teresa de Lisieux y el Padre Pío. En mi humilde opinión también podríamos añadir a esa lista de nombres los nombres del Papa Juan XXIII y nuestro actual Papa Juan Pablo II.

Yo creo que ICCRS ha recibido

esta misma visión, que se está cumpliendo a diario a través del ministerio de personas dedicadas y dotadas, comprometidas a llevar el amor de Jesús y el fuego del Espíritu Santo al mundo en el que viven. Esta es la Renovación Carismática en acción. Como su cuerpo de coordinación principal, ICCRS existe para servir, atender y alentarles para que sigan adelante en este propósito. Cada día empieza en la Capilla de la oficina de ICCRS en Roma con la oración ante el Santísimo. Jesús presente en la Eucaristía está en el mismísimo corazón de la

espiritualidad carismática, y haríamos bien en recordar las palabras del Papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine*: "...El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio" (número 24).

Que Dios Todopoderoso conceda a ICCRS el privilegio de permanecer y servirle siempre a la luz de esta gracia.

## El ex-presidente del ICCRS contesta

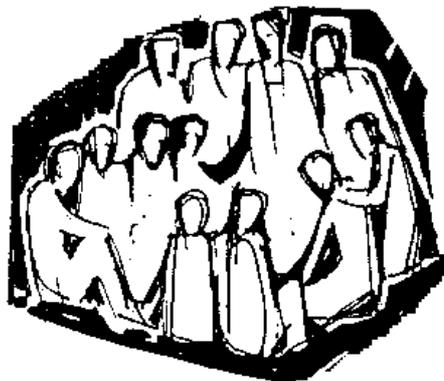
*¿Cómo mantenemos el fuego vivo? ¿Cómo mantenemos a nuestros grupos de oración en crecimiento? Algunos de nuestros grupos están envejeciendo, ¿cómo evitamos que los grupos de oración se transformen en grupos carismáticos en grupos de devoción?*

Sólo algunos comentarios. Ante todo, no pasa nada por envejecer, todos envejecemos, el problema es si envejecemos y nos pasamos al envejecer a caminos no carismáticos. Creo que la respuesta es: necesitamos dar siempre una buena enseñanza. A menudo asumimos que las personas saben cosas que no saben. Tenemos que dar una buena enseñanza. Tenemos que permitir y animar el ejercicio de los dones espirituales en nuestros grupos y comunidades. Y eso significa que tenemos que dejar que la gente cometa errores. Tenemos que darle la libertad de confundirse y entonces ayudarles a crecer para que rectifiquen. Algunas veces, en los grupos, los ministerios son monopolizados por gente que lleva allí mucho tiempo; necesitamos asegurarnos de que podemos atraer a gente nueva y joven, para que ellos ejerciten los dones del Espí-

ritu Santo y tengan su papel en nuestros grupos y comunidades. Hay que enseñar, dar ánimos y abrir espacio para que la gente ponga las cosas en práctica.

Desde mi punto de vista, que es personal (algunos de vosotros vendréis a hablar conmigo después, os puedo prometer que lo haréis; nunca digo esto sin causar alguna reacción), las cosas devocionales no son parte de una reunión de oración carismática normal. Se pueden hacer antes, después, en otro contexto. Pero la estructura de un encuentro carismático se focaliza en la alabanza y adoración a Dios, es un compartir de las Escrituras, de la Palabra de Dios, de la doctrina de la Iglesia; una oportunidad de responder a ello y es un tiempo de animar a que los carismas del Espíritu se ejerciten; e intercesión en oración y con los dones del Espíritu para los que lo necesitan hacia el final de la reunión. Si queréis rezar el Rosario, me encanta, pero yo os diría que, por

favor, lo rezarais antes o después. Porque, en mi opinión, y sois libres de estar en desacuerdo conmigo, creo que el Rosario es una forma de oración distinta a la que estamos haciendo en nuestro grupo carismático. Ocasionalmente, puede haber una razón maravillosa por la que debemos hacerlo pero, normalmente, sugeriría con respeto hacerlo antes o después. No digo que no recéis el Rosario, por favor, no estoy diciendo eso, pero manteneos en la alabanza, en la adoración, en las enseñanzas de la Iglesia y de las Escrituras, y en los carismas, dones y ministerios del Espíritu Santo.



*La segunda área en la que estoy agrupando algunas preguntas es la cuestión de la dimensión ecuménica de la Renovación. ¿No sería más ecuménico decir Renovación Carismática sin ninguna denominación?*

*¿No es la idea del Espíritu Santo el renovar toda la Iglesia? ¿Primero*

*católico y luego carismático o primero carismático y luego católico? Así que, por favor, Charles, toda la dimensión ecuménica en dos minutos.*

Yo creo firmemente en la dimensión ecuménica de la Renovación Carismática. Nosotros debemos mucho a nuestros hermanos y hermanas protestantes y pentecostales. Tenemos una experiencia compartida del Espíritu Santo. Nos da un punto de unidad donde podemos comenzar a dialogar y compartir juntos. Podemos orar juntos. En “Ut unum sint” el Papa nos dice claramente que la prioridad en el viaje ecuménico tiene que ser dada en orar juntos, y en la Renovación Carismática podemos hacer eso. Yo diría que algunas cosas son muy importantes aquí. Una es que habéis definido qué tipo de grupo carismático sois. Algunos grupos son carismáticos católicos. Los miembros son casi todos católicos y está bien para ese grupo estar abiertos a otros hermanos y hermanas de iglesias protestantes que puedan venir a reunirse con ellos. Pero un grupo católico carismático se comportará de forma católica y, quizás, pueda haber oraciones dentro de ese tiempo a la Virgen Santísima, a santos y formas en las que los hermanos protestantes no están tan cómodos. Lo que nosotros decimos es que nosotros somos católicos y estamos encantados de que os unáis a nosotros, pero somos un grupo católico. Pero puede haber otro grupo que sea genuinamente ecuménico, y ese es el título de él. No es un grupo católico; hay anglicanos, episcopalianos, baptistas, metodistas que vienen al grupo, y el propósito de ese grupo es ser ecuménico, y entonces ahí sugiero que lo que debemos hacer es comportarnos de una forma en que todos puedan decir amén a lo que nosotros oramos y hacemos. Así que, en cierto sentido, como ahora somos ecuménicos en ese grupo, seguimos siendo individualmente católicos o baptistas o metodistas, pero intentamos hacer juntos lo que todos podemos hacer juntos. Es muy importante definir qué tipo de grupo sois. Los problemas surgen cuando no se hace esa definición y la gente siente que pueden decir algo o hacer algo que no siempre es apropiado en ese tipo de grupo. Creo que es

importante, tenemos mucho que hacer y esa es un área importante.

Cuando digo primero católico y luego ecuménico es porque para la mayoría de nosotros somos católicos. Estamos enraizados en la Iglesia Católica. Esa es nuestra experiencia. Somos cristianos, pero la expresión de ese cristianismo es en la Iglesia Católica. Y esa es una realidad, eso es lo que somos. Pero si decimos que somos primero carismáticos y luego católicos, tendréis dificultades a veces. Porque entonces puede llegar el día que sigáis una revelación privada que no encaja con la doctrina de la Iglesia Católica. Ese es el riesgo. Yo he oído decir a personas que abandonarían ese tipo de cosas si estuvieran en conflicto con la posición de la Iglesia Católica, porque primero son parte de este Cuerpo. Yo no creo que podamos coger y elegir lo que aceptamos y lo que no aceptamos de la Iglesia. Si somos católicos, estamos en una posición clara. Así que debéis decidir por voso-

*Si decimos que somos primero carismáticos y luego católicos, tendréis dificultades a veces. Porque entonces puede llegar el día que sigáis una revelación privada que no encaja con la doctrina de la Iglesia Católica. Ese es el riesgo.*

tros mismos pero yo siempre diré primero católico, luego carismático. Dejarme terminar diciendo que esas dos cosas no son divisorias. Encajan muy bien juntas.

Ahora cambio de tema. Es el de la Renovación Carismática como expresión de los laicos. La pregunta es: Por favor, informe sobre el aspecto de la Renovación. Comenzó con los laicos pero, de algún modo, el clero está tomando el control. Y unido a eso ¿deberíamos dirigirnos a nuestros obispos para intentar tener un entendimiento más claro de la Renovación promulgado por las diócesis y por qué el Papa no le dice a las Iglesias locales

lo favorablemente que ve a la Renovación Carismática? Y preguntas sobre ¿cómo podemos manejar situaciones donde los sacerdotes están impidiendo la Renovación?

Gracias, hermanos y hermanas. Recientemente leí un libro que decía que si quieres andar sobre el agua tienes que salir de la barca. Creo que es verdad. La Renovación tiene su expresión principalmente entre laicos. Pero es una renovación para toda la Iglesia. Y muchos de nosotros en esta sala sabemos muy bien que hemos orado por sacerdotes y obispos que se han llenado de Espíritu Santo. También sabemos que los sacerdotes y los obispos han orado sobre muchos laicos que se han llenado de Espíritu Santo. Esta no es una cosa divisoria. No obstante, puede ser que ocurra una de estas dos cosas. Los laicos pueden hacer cosas estúpidas con la Renovación Carismática y hacer que los sacerdotes, el párroco o pastor, tengan que intervenir de algún modo. Recuerdo que estaba en un presbiterio después de la misa y oí a un carismático decirle al sacerdote: “Padre, ¿está usted salvado? Porque yo no creo que usted conozca a Cristo”. Si tú quieres tener una buena relación, éste no es un comienzo prometedor. Podrías decir que la pregunta era legítima, no discutido eso, pero no es un comienzo diplomático. Estamos en esto juntos. Nos necesitamos unos a otros. Necesitamos la estructura y la orientación de la jerarquía, y necesitamos la libertad carismática. El problema surge cuando uno u otro toma el control. Y tengo que decir que la experiencia de bastantes grupos es que un sacerdote intentará cambiar un grupo carismático en algo menos problemático, e intentará convertirlo en un grupo de oración simpático y seguro en el que cualquiera pueda ir seguro de que absolutamente nada va a pasar. Y para algunas personas ese es un objetivo que les gusta. Pero eso es negar lo que es la Renovación, y eso no es aceptable. Estamos en un área difícil. Pero yo os he dicho muy claramente que una de las cosas que habla alto es el fruto. Y el fruto hablará al mayor oponente de lo que estamos haciendo. Y no tiene sentido, ningún sentido, intentar criticar a un sacerdote difícil

para cambiar su mentalidad. Nunca sucederá. El único modo en que sucederá es cuando oremos como si todo dependiera de nosotros pero creamos que todo depende del Espíritu Santo, y sirvamos como ese sacerdote nunca podría esperar. El testimonio de lo que hacemos, la oración que ofrecemos y el poder del Espíritu Santo es lo que cambiará la situación. Pero puede llevar tiempo, puede llevar tiempo. Pero estamos en esto juntos. Necesitamos construir relaciones. No estamos compitiendo, no estamos ofreciéndole una alternativa a la Iglesia. Es por lo que os digo que primero católico, luego carismático. Existen áreas de dificultad, pero la oración, el servicio y el fruto resolverán muchas de ellas. Y sé que habrá testimonios aquí que pueden decir: esa es mi experiencia.

*En los últimos minutos voy a agrupar unas preguntas sobre el Bautismo en el Espíritu Santo. Ésta parece ser un área importante. ¿No son suficientes el Bautismo y la Confirmación? ¿Es que la Efusión del Espíritu Santo es más poderosa que los sacramentos? ¿Considerarías que los católicos que han hecho el curso Alpha y han recibido el Bautismo en el Espíritu Santo son carismáticos, pertenecen a la Renovación Carismática? ¿Existen algunas condiciones especiales para recibir el Bautismo en el Espíritu Santo? ¿Existen algunos obstáculos para recibir el Bautismo en el Espíritu Santo?*

Existen obstáculos y en cierto sentido existen condiciones para recibir el Bautismo en el Espíritu Santo. Jesús dice: “si tienes sed, ven a mí”. Necesitamos tener sed, y necesitamos venir, y necesitamos pedir. Y necesitamos hacer eso por la razón correcta. Y la razón correcta es que queremos ser llenados por el poder, el amor y la presencia del Espíritu Santo. Queremos abrirnos de un modo como nunca lo hemos hecho antes. Los obstáculos pueden existir. Puede ser el orgullo. Podemos sentir que queremos algo que nos hará sentirnos superiores en nuestra Iglesia. Podemos sentir que no somos dignos. Dejadme que os diga, no lo sois. Es una respuesta rápida. Sois dignos por lo que Cristo ha

hecho, no por vosotros mismos. Podemos malinterpretar lo que es. Existen todo tipo de cosas que pueden ser obstáculos. Podemos tener tanto miedo de lo que va a pasar que decimos sí por fuera y no por dentro. Así que pueden existir obstáculos.

Dejadme que vuelva al tema del Bautismo y la Confirmación. ¿No son suficientes? Existe una visión, y he oído al Padre Cantalamessa expresar esto muy claramente, de que los sacramentos tienen un efecto que puede bloquearse por nuestra resistencia para permitir que esa gracia obre en nosotros y a través de nosotros. De modo que hemos recibido el Espíritu Santo en el Bautismo, por supuesto que lo hemos hecho. Cuando el obispo impone sus manos sobre nosotros en la Confirmación recibimos una nueva efusión del Espíritu Santo. Pero si nos negamos a permitir que el Espíritu, su libertad, obre en nuestras vidas, existe un límite a la eficacia de nuestra vida cristiana. El Bautismo en el Espíritu Santo es para muchas personas el momento en que decimos sí con compromiso y convicción a la obra del Espíritu. Y eso libera dentro de nosotros el poder y la presencia del Espíritu. Y el Espíritu viene sobre nosotros de una manera nueva. A mí me gusta decir que es una liberación y una nueva efusión. Y entonces somos totalmente diferentes. Pero la semilla de todo esto está en el sacramento de iniciación, no hay duda de eso. La pregunta no está en las buenas palabras de nuestro querido fallecido Cardenal Suenens. La pregunta no es: “¿Tienes tú el Espíritu?” Porque la respuesta a eso es “Sí”. Si estoy bautizado y confirmado tengo el Espíritu”.

*El Bautismo en el Espíritu Santo es para muchas personas el momento en que decimos sí con compromiso y convicción a la obra del Espíritu*

La pregunta es: “¿Te tiene a ti el Espíritu?” “¿Te tiene a ti el Espíritu?” Y la respuesta a eso para muchos es “No, si puedo remediarlo”. Y el Bautismo en el Espíritu es el momento en que

muchas personas se rinden a la gracia que ha sido sembrada en nosotros en nuestro Bautismo y Confirmación. Así que no es “o esto o aquello”, es que todo el paquete debería funcionar desde el principio.

A ti y a mí, queridos hermanos y hermanas, se nos ha dado un regalo maravilloso. Si yo fuera Dios, nunca os habría dado este regalo. Y el regalo es el libre albedrío. Porque el libre albedrío nos permite decir sí y decir no. Es un regalo maravilloso. Está en el núcleo del amor de Dios por nosotros. Demuestra su amor dándonos el libre albedrío cuando sabe que a veces vamos a decir que no. Y mucha gente nunca ha dicho “sí”. A lo mejor no hemos dicho “no” pero tampoco hemos dicho “sí”. Y el Señor quiere oírnos decir “sí”, con convicción y compromiso. Y cuando digamos ese “sí”, Él derramará su Espíritu sobre nosotros, liberará todo lo que tenemos dentro, porque, finalmente, hemos comprendido en qué consiste todo. ¿Amén?

Sí, sobre Alpha. Es erróneo hacer preguntas sobre si el Curso Alpha, con el que algunos estaréis familiarizados, otros no, es una puerta de entrada a la Renovación Carismática. Durante el Curso Alpha existe un fin de semana o un día, depende como hagáis el Curso, donde se ora con la gente para esta liberación del poder del Espíritu. Eso funciona. Si la gente se adelanta y dice “Sí, Señor” y se ora por ellos, habrá una nueva experiencia del Espíritu Santo. No te mete en la Renovación Carismática, te mete normalmente en la Iglesia. Estás en la Iglesia y ahora eres normal porque el Espíritu está fluyendo libremente en tu vida. Así que no es una cuestión de hacerse de la Renovación Carismática pero, lo que sucede a menudo, y ésta fue mi experiencia, es que como este es un momento que cambia tanto tu vida, yo quería luego intentar y hacer esto más fácil para que otra gente lo recibiera. Y el vehículo, el canal que yo vi, fue la Renovación Carismática. Y yo sentí que Dios, hace 30 años, me llamaba a trabajar en la Renovación Carismática. Así que yo estoy en la Renovación hoy. Yo estoy en la Renovación Carismática porque oí a Dios llamarme a estar aquí. Ahora, si me dice mañana: “Bien, siervo bueno

y fiel, ahora necesitas ser más contemplativo y silencioso. Necesitas dejar de correr por todo el mundo (mi mujer se ríe), necesitas dejar de correr por el mundo dando charlas y haciendo todas estas cosas, necesitas ser una persona más contemplativa". Yo pido decir "Sí" a eso. Estoy aquí porque

creo que Dios me ha puesto aquí. Y estoy **en** la Renovación Carismática porque es donde Dios me ha puesto. Así que estoy promoviendo la Renovación, estoy hablando de la Renovación, estoy enseñando sobre la Renovación, estoy orando por las personas, estoy haciendo vídeos sobre la Reno-

vación, haciendo todas estas cosas. Y es muy agotador, debo decirlo, pero es muy maravilloso en el poder de Dios. Así que no pensemos en términos de "hacernos de algo" o de "estar en algo" en ese sentido, sino ¿cuál es la tarea a la que nos llama Dios?

## Jornada mundial de la Juventud: Colonia 2005



*El P. Chalo González, csv. comparte con nosotros su experiencia en Colonia acompañando a un grupo de jóvenes a la MJJ*

Como sacerdote he disfrutado mucho acompañando a un grupo de jóvenes a la MJJ de Colonia 2005. Ellos podrán contar lo vivido por ellos, pero yo desearía aquí contar alguna reflexión personal. Contar cómo he vivido el baño de Iglesia que ha supuesto estar allí presente.

Con fotocopia no se podrá ver el color de una parte (recorte) de la pancarta que encabeza este artículo. La estrella de Belén... teniendo en la cola la bandera española y en la estrella la bandera alemana... un Madrid-Colonia que ha supuesto para todos un encuentro de hermanos impresionante. Juan Pablo II nos convocó y Benedicto XVI nos acogió.

Hemos paseado nuestros casi tres metros de pancarta por la ciudad en la que la tradición dice se veneran reliquias de los sabios de Oriente que adoraron al Niño en Belén. La foto de la derecha da testimonio de "otros tres sabios" (en este caso curas) que también fueron a adorar...; otros nuevos

sabios.

Primero señalar que este encuentro ha sido para los jóvenes con los que he podido compartir una experiencia "fuerte, interesante, atrayente, conmovedora, cansada, divertida, profunda...". Unos procedían de la RCCeE, otros no. Unos en búsqueda abierta de las cosas de Dios, otros con dudas o inquietudes. Igual que los miles y miles de jóvenes que allí estuvieron, cada uno ha vivido el encuentro de Colonia a su manera. Unos con mayor profundidad y otros con menos.

Juan Pablo II en la carta de convocatoria animó -incluso a los no creyentes- a participar... a ir y ver. Cada uno habrá recibido la bendición de este encuentro de Iglesia a su manera. Según su necesidad... Según su búsqueda de la verdad y de la verdadera felicidad. Según se haya dejado "tocar" por el Espíritu de Dios que mueve la Iglesia con tanta bella diversidad.

Como los sabios del evangelio y como los tres nuevos adoradores de la foto, hemos podido adorar como hicieron ellos. Hemos podido festejar, celebrar, compartir, calarnos con la

lluvia, pasar frío, encender velas, confesar y confesarnos, dormir en el suelo, hacer kilómetros, compartir con obispos y cardenales, ver curas por todos lados, ver hombres y mujeres jóvenes, con hábitos de mil formas y colores, hacer *via crucis*, peregrinar... adorar. Sí, adorar al Señor y disfrutar de la bella diversidad de una Iglesia que en Colonia se ha manifestado con su cara más joven.

Nosotros preparamos desde meses antes nuestro viaje con encuentros, celebraciones, concretando la organi-



zación, diseñando y haciendo la pancarta... Nos hemos vuelto sin conocer la ciudad. El turismo no era el objeti-

vo y no lo ha sido.

Estos jóvenes se han sentido llamados porque se les ha invitado. Y pienso en todos los jóvenes allí presentes. Además del Papa desde Roma, siempre habrá habido un “alguien” que les invitó... Un “alguien” que les anunció el mensaje y les convocó... y sobre todo pienso en los otros miles de jóvenes de todo el mundo que no han estado presentes. Sin contar, evidentemente, a los millones que, deseándolo, no han podido estar en Colonia. Allí había más de un millón de personas. Pero son muchísimos más los que por el mundo tienen la pobreza de desconocer o “mal-conocer” la libertad y alegría que Cristo les ofrece.

Dice la Palabra de Dios:

**¿Cómo van a invocar a aquél en quien no creen? ¿Cómo van a creer en él si no han oído hablar de él? ¿Y cómo van a oír hablar de él si nadie les predica?** (...) La fe viene de la predicación, y la predicación, por la



Palabra de Cristo.

Rm 10, 14-17

He vivido fuera de España las peleas de sectas y grupos erróneamente evangélicos por “capturar”, convencer o manipular a cualquier católico que se presentara delante, en lugar de anunciar el Evangelio a los paganos que lo desconocen totalmente. También en algunos grupos de la renovación hay más preocupación por tener más candidatas y adeptos para su organización que por adorar, alabar y anunciar el Reino a los que lo desco-

nocen.

Al ver y experimentar la bendición de Colonia he pensado, aún más que antes, en todos los no creyentes, en los bautizados no practicantes, en los tibios y alejados, en los jóvenes de hoy que deberían ser los adultos cristianos del futuro: **“¿Cómo van a oír hablar de él si nadie les predica?”**, y es todo un reto de gracia el poder ser instrumentos para la acción del Espíritu entre los que no creen o viven en la tibieza.

Pero los jóvenes que han podido participar han sido invitados a un encuentro de Iglesia que, por lo multitudinario, resulta enormemente motivador...; ninguno de ellos había tenido nunca hasta ahora cerca un obispo o un cardenal como esta vez los han tenido... Se han encontrado metidos en celebraciones llenas de sacerdotes y han visto religiosos y religiosas de decenas de comunidades nuevas o de las de toda la vida... (¡y les ha llamado la atención!). Hemos hablado de ello y es evidente que han tenido una experiencia de Iglesia interesante.

Han vivido tiempos de encuentro con otros jóvenes, chapurreado las lenguas que han podido, o gesticulado para pedir una información. Han cantado y bailado en la calle y en las estaciones de tranvía, hasta la saciedad... hemos hecho el tonto en un ambiente festivo que ha merecido bien la pena. Han compartido la fe con cristianos españoles, franceses, alemanes, italianos, búlgaros..., especialmente con los que estaban en la parroquia que nos acogía.

Unos días hemos comido bien y otros mal, hemos andado mucho, descansado en el suelo, nos hemos mojado y hemos pasado calor, hemos compartido decisiones y pasado muchas horas (¡¡7!!) en una valla, para tener un buen puesto ante el paso del Papa (¡y bien que lo conseguimos!). Hemos visto a voluntarios preocuparse, con muchas horas de trabajo y esfuerzo físico, para llevar cajas de comida a algún grupo desatendido. Y nosotros que estábamos “bien atendidos” les hemos podido ayudar a hacer bolsas

de comida. Hemos visto a voluntarios caerse literalmente de sueño.

Como dice un hermano mío: ha



sido un buen *lugar para sembrar*.

### ¿Y yo como religioso sacerdote?

He visto vibrar a jóvenes nada niños diciendo que ha merecido la pena emplear siete horas, parados, para estar en primera línea y ver al Papa con tranquilidad. Y yo he vibrado con ellos... He escuchado confesiones y participado en oraciones con ellos. He disfrutado hablando de cosas de Dios y de la Iglesia y me he sentido útil.... Me ha agradado concelebrar con miles de sacerdotes: muchos con cuello romano, otros con sotana, cientos con pantalones vaqueros, algunos en plan guaperas, otros con cresta engominada (¡!), unos viejos y otros muy jóvenes... Vi uno con el logo del encuentro afeitado en la nuca. He visto enormes barbas de jóvenes franciscanos. He visto curas regordetes y otros flacos como astillas, unos bajitos y otros más grandes que yo. He visto curas de todos los colores étnicos posibles: negros, orientales, blancos, muy blancos, blanquitos, árabes, mulatos, mediterráneos, indios, mestizos...; unos de congregaciones y órdenes religiosas, y otros seculares...; me ha agradado mucho estar en medio de ese pueblo de ministros.

Ya lo he experimentado en otras ocasiones, pero de una manera especial me ha gustado y he disfrutado el “ejercer” de religioso en medio de esta gente. El estar “ahí” cuando la gente pregunta cosas de Dios y de la

Iglesia... Situaciones de este tipo impulsan la vocación de cualquiera.

Poco antes de mi ordenación sacerdotal pude participar – como delegado de la Renovación de España - en un

encuentro internacional de jóvenes carismáticos, en Roma. Juan Pablo II nos entregó a cada uno una cruz que guardo con mucho cariño. Nos hizo levantar en alto la cruz antes de bendecirla, y nos envió a mostrar al mundo la presencia de Cristo... Vuelvo a

recordar con gozo la cruz y la bendición, el envío y la alegre preocupación de anunciar el evangelio allí donde Dios me ponga.

## *El rincón de vuestros Testimonios*

Me llamo Blanca, y tuve una conversión hace casi tres años.

Estoy casada, tengo 39 años y cinco hijos, cuatro en la tierra y una en el Cielo. Vengo de una familia católica de la que he heredado una formación y una fe que llevaba a la práctica con no poco esfuerzo.

El Señor empezó a obrar en mí, con la venida de mi segunda hija, M<sup>a</sup> Pilar. Una niña que estaba destinada a morir desde el momento casi de su concepción.

En mi tercer mes de embarazo, a través de una ecografía, se vio que la niña venía con una malformación congénita llamada acraqueo o acéfalo, es decir, sin formar la parte superior del cráneo, lo que se hace incompatible con la vida.

Aunque en el momento nos llevamos el consiguiente disgusto, esta niña vino al mundo para cambiar nuestras vidas. Así lo creo.

Mi marido y yo pedimos consejo y ayuda en nuestra Parroquia, y la decisión fue unánime, esperar hasta que el parto fuera viable (7<sup>o</sup> mes aproximadamente).

Durante esos meses tuve una presencia muy especial del Señor en mi

vida. Una fuerza, una alegría y una paz que no venían de mí, ni tenían sentido en aquellas circunstancias.

Viví mi embarazo de forma tranquila. Cuando le hablaba a solas a mi hija, como hacemos de vez en cuando las madres, le explicaba que iba a ver muy pronto a nuestra Madre, y que Ella la recibiría con los brazos abiertos. No puedo explicar lo que sentía en esos momentos... Y sé que ella también lo sentía.

Cuando nació, un 12 de Octubre, vivió apenas 10 minutos, suficientes para bautizarla. Sentí la presencia maravillosa de Nuestra Madre, que me llenaba de gozo y de paz. Le había pedido que me la cuidara, hasta que yo me reuniera con ellas, pero en ese momento supe que no hacía falta mi ruego.

A partir de ahí, todo fue cambiando muy rápido.

Por obra de "magia" acabé en un movimiento apostólico muy mariano, que encauzó mi caminar cristiano.

La Virgen se encargó de ponerme en el camino personas que fueron instrumento para llevarme donde el Señor deseaba que estuviera.

Así fue como un día, a través de una amiga muy querida, fui a conocer un grupo de la RCC al que ella asistía. Me insistió mucho, pues yo no paraba de ponerle excusas. Pero al fin accedí, aunque refunfuñando.

Era el final de un seminario, en el que se imponían las manos para recibir la efusión del Espíritu Santo y, cuando llegó el momento de la efusión, yo no quise salir, y me quedé en mi sitio esperando.

Tenía una señora delante que, de

repente, se dio la vuelta, me preguntó si yo no la había recibido, y con toda naturalidad me impuso las manos sin yo pedírselo. En ese momento pensé que nada podía perder, así que pedí al Espíritu Santo que se derramara sobre mí, como decían que hiciéramos. Minutos después me impusieron las manos los dos sacerdotes que estaban allí.

No sabría explicar lo que sentí o, mejor dicho, lo que viví. Pero lo más parecido y, aunque suene cursi, es un "gozo inmenso en el alma" y, sin quererlo, me puse a llorar.

Cuando llegué a casa, pensé que podría haberme emocionado sin más. Aunque en el fondo sabía que no se trataba de una simple emoción.

A partir de esto, empecé a vivir la vida como si estuviera enamorada (creo que es lo más parecido a cómo me sentía).

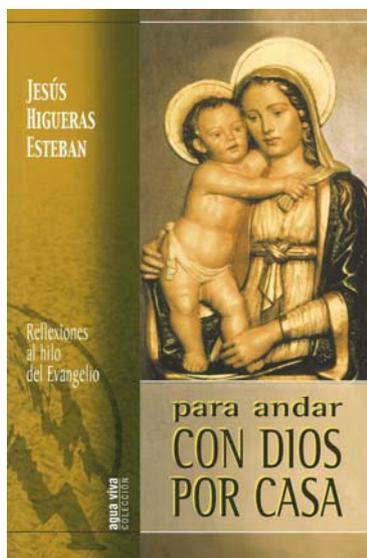
Tenía una ilusión grandísima todos los días por ir a comulgar y recibir al Señor. Aumentaron mis deseos de formarme, de leer y, en definitiva, de empaparme de Dios. El Señor, un día, en mi oración, me hizo ver cuáles eran mis prioridades en ese momento, y cómo me estaba equivocando en mi manera de obrar. Todo esto, lleno de un Amor que, lejos de hacerme sentir mal, me llenaba de paz. Supe entonces que Él me quería tal y como era.

Ahora sólo puedo dar gracias al Señor porque me siento elegida.

¡GLORIA AL SEÑOR!

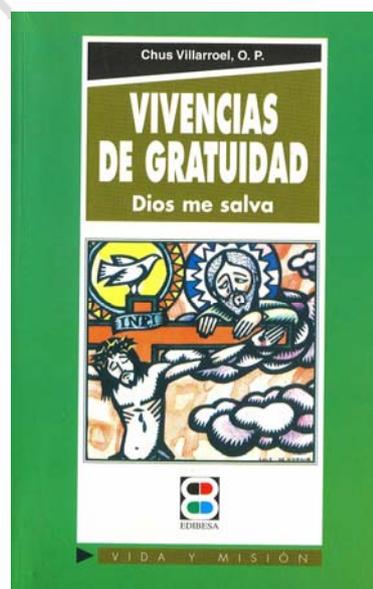


## Ideas para tu biblioteca

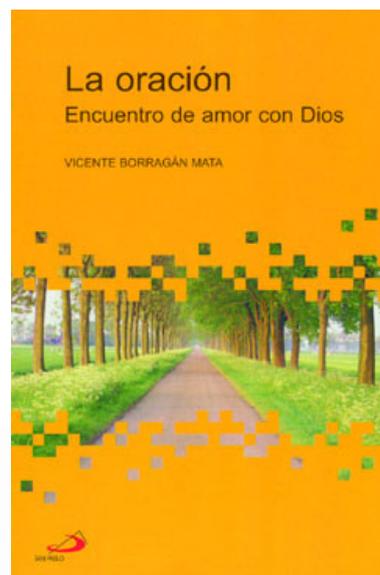


En este libro se recogen la homilias de los domingos que el autor predicó en su parroquia de Santa María de Caná (Pozuelo de Alarcón, Madrid) y que se publicaron en su día en el diario ABC. Son predicaciones que siguen el calendario litúrgico y que despiertan el espíritu contemplativo del lector. D. Jesús Higuera invita a recuperar esa capacidad de asombro ante las cosas del Señor "Podríamos recuperar nuestra capacidad de asombro ante Dios, si fuéramos capaces de recuperar nuestra posibilidad de ser orantes, de sacar un rato cada día para charlar con Él, para escucharle, para contarle, para dejarnos llenar, para cargar las pilas espirituales. Señor, que yo siempre me asombre ante tus cosas, que no te trate como a uno más, sino que sea siempre alguien especial, que yo tenga ojos para ver y para comprender que todo lo que haces siempre, y especialmente aquello que es menos llamativo y menos conocido es algo espectacular. Espectacular. Lo menos importante es a veces lo más bello si está tu mano encima de ello."

En este libro el autor refleja una profunda experiencia espiritual y pastoral sobre la gratuidad : " La Renovación carismática me ha introducido en la gran experiencia de la gratuidad, la cual sólo sucede cuando se escucha en vivo y en directo al Espíritu Santo. Ya Pablo VI dijo que vivimos en una época, iniciada en el Concilio, en la que el Espíritu Santo se está haciendo especialmente tangible. No es una experiencia de élite, ni cosa de privilegiados, ni patrimonio de un grupo o movimiento, al contrario, la experiencia espiritual de la que hablo significa una democratización del Espíritu. La gracia se ha hecho cercana al pueblo. Lo que antes parecía lote y herencia de unos pocos afortunados, se ha derramado ahora, con ímpetu y amplitud, sobre grandes masas del pueblo. La mística ha escapado de la reclusión monacal y se ha hecho viajera en el metro e itinerante por las calles y caminos de la vida ordinaria."



Hay muchos libros sobre la oración. A este tema se dedica una gran mayoría de los libros religiosos editados. Queremos hoy dar reseña de un libro extraordinario sobre el tema oracional, porque le centra muy bien y puede ser de especial ayuda para quienes se inician en el rato diario de oración y no tengan demasiados argumentos concretos para hacerlo. La oración necesita de instrumentos que la hagan posible. Ciertamente que lo fundamental es abrirse a Dios y esperar - sin duda - que el Espíritu Santo gué nuestra acción de orar.

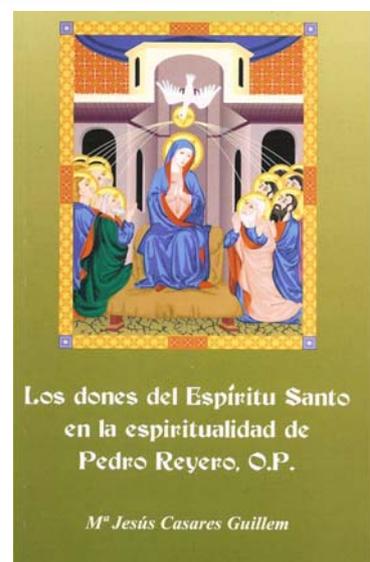


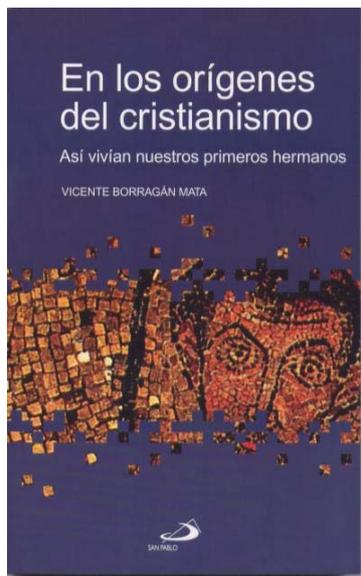
Se recogen en este volumen las últimas meditaciones que el padre Cantalamessa tuvo ante Juan Pablo II. Corresponden al tiempo de Adviento y Cuaresma y, en este año dedicado a la Eucaristía, toman por eje central dos grandes himnos eucarísticos. Se cumplían también veinticinco años de servicio a la casa pontificia que el Papa ha sabido agradecer con una carta de elogio y bendición hacia el conocido predicador capuchino. El padre Cantalamessa, como todos los grandes predicadores, sabe sacar de lo nuevo y de lo antiguo. Así, para tratar la actualidad de la Eucaristía se ha remontado a himnos de larga tradición. En numerosas ocasiones señala que además de la riqueza litúrgica, teológica y devocional que contienen sirven también como contrapeso. A modo de ejemplo se fija en que, a partir de la reforma litúrgica y del Vaticano II se ha subrayado la dimensión comunitaria de la Eucaristía. El “Adoro te devote”, sin embargo se centra en la adoración y contemplación individual. Pero lo uno no niega lo otro, sino que todo contribuye a centrar y mejor conocer un tesoro de riqueza inagotable. O, en otro sentido, y aprovechando unas indicaciones de Pablo VI, señala que conceptos modernos para explicar la Eucaristía, como transfinalización o transignificación, no pueden separarse del de transustanciación, porque realmente Jesús está presente en sustancia.

La autora recoge y completa las enseñanzas que sobre los dones del Espíritu Santo, fueron predicadas por Pedro Reyero en un retiro de profundización dado a su grupo de Maranatha, de la Renovación Carismática, en el año 1995.

Conserva ese estilo directo, cercano y coloquial que tiene una palabra hablada, pero, al mismo tiempo, tienen esa sabiduría poderosa de Dios que hace accesibles y sencillas las verdades más profundas. Sin apartarse de la doctrina teológica tradicional poseen, sin embargo, ese dinamismo precioso del Espíritu que los hace útiles para el hombre de hoy, sus circunstancias y sus necesidades.

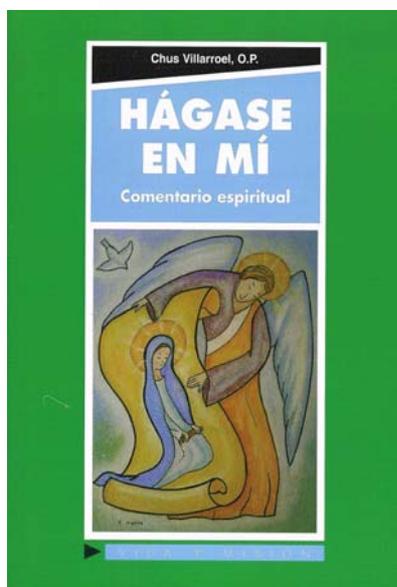
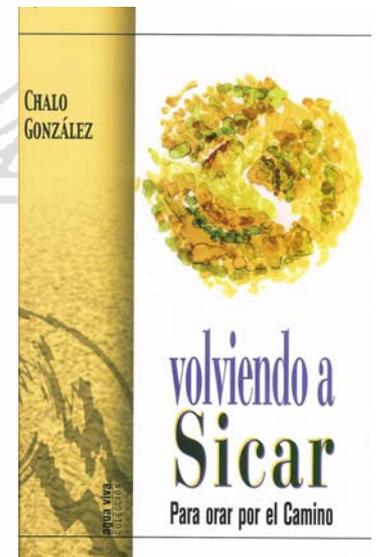
Como decía Pedro Reyero, los dones del Espíritu Santo son la forma de misericordia de Dios más pura, aquella que nos regala sabiendo que nuestra fe es muy difícil, nuestra esperanza muy débil y nuestro amor muy pobre, y que nos hace fácil creer, nos hace fácil esperar, nos hace fácil amar.





A los dos mil años del nacimiento del cristianismo, es bueno volver los ojos hacia los primeros discípulos para tratar de descubrir el secreto de su vida y la fuerza de su testimonio. ¿Que tenían aquellas comunidades primitivas que no tienen las nuestras? ¿Cómo recuperar la identidad, el encanto y el atractivo de los primeros días? Si queremos tener comunidades cristianas vigorosas y testimoniales tendremos que rehacer ahora el camino que hizo la primera comunidad cristiana y perseverar en la escucha de la palabra, en el amor fraterno, en la celebración de la eucaristía y en la práctica de la oración.

Lo que hay en el interior del libro de Chalo "Volviendo a Sicar" son reflexiones y oraciones hechas – como dice él mismo - “en momentos de alegrías intensas, llantos, chillidos del alma... en su caminar hacia Dios” Son textos bellos, de gran sencillez, pero con un acento muy particular: cuando los leemos encontramos en ellos el eco de nuestra situación personal, nos sentimos reflejados en ellos, unas veces en unos, otras en otro, porque son nuestras mismas alegrías, nuestros mismos llantos, nuestros mismos chillidos del alma... y por esto, precisamente, nos ayudan a reflexionar y orar como con una pauta, con una ayuda, con un acompañamiento; iluminan cada una de nuestras circunstancias para caminar también hacia el Señor. Es un libro para leer despacio, reflexionando y orando al mismo tiempo, no es necesario seguir el orden del mismo, mejor es buscar en los textos ayuda y luz para esa circunstancia personal. Son muchos los que han encontrado en él luz, consuelo, apoyo y camino.



Al hilo del evangelio de San Mateo se desarrollan los capítulos de este libro, con la fluidez y mansedumbre de los regatos montañoses. Es una lectura iluminadora de la Palabra de Dios, un reflejo del paso del Señor por lo cotidiano, por aquellos rincones que nos parecen poco importantes...Dios sigue naciendo en los pesebres y si tenemos los ojos de niño podremos ver la estrella y seguirla: "No es fácil -dice el autor en el segundo capítulo- seguir a una estrella. No basta con verla una sola noche, hay que contemplarla muchas veces hasta sentir que se mueve, que es real, que nos un caminar para adorar al recién nacido." invita a caminar. Cuando los Magos comenzaron a caminar lo hicieron en pura fe. No eran científicos, eran hombres abiertos a la novedad. A los científicos no se les mueven las estrellas. ¿A ti se te mueven? Si contemplamos las estrellas con asiduidad y con corazón de niños, algún día se nos moverá alguna. Si la seguimos, toda nuestra vida será novedad

# A tu servicio



Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 917735644 ( Maria Jesús)

e-mail secretaría: beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: ~~Maria Jesús Casares Guillén~~

c/ Camino de los Vinateros, 119

28030Madrid

28031

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares, María de la Fuente.